

LA CULTURA CONDORHUASI DEL NOROESTE ARGENTINO

(APUNTES PRELIMINARES PARA SU ESTUDIO)

por ALBERTO REX GONZALEZ

I. INTRODUCCIÓN.

Este trabajo tiene por objeto poner de relieve, mediante la presentación de algunos materiales nuevos y de observaciones personales, la gran importancia que tiene la cultura de Condorhuasi para la arqueología del N. O. argentino y esbozar algunos de los problemas que con ella se relacionan.

Hasta ahora Condorhuasi se ha clasificado como «estilo cerámico», como «tipo de alfarería» y, excepcionalmente, como «cultura». En este último caso no se daba la descripción del contexto pertinente, salvo la mención de dos o tres elementos aislados. El punto de vista fundamental que aquí exponemos es que se trata, en efecto, de una cultura de gran importancia, cuyos bienes patrimoniales básicos tratamos de establecer. Entiéndase que esta exposición se refiere a los hechos y conclusiones generales y que no entramos en ella en la descripción particular de las fuentes que nos han servido para las inducciones. La exposición sistemática de aquéllas requeriría un trabajo mucho más extenso, bien fuera de los límites aquí propuestos.

La primera noticia concreta que poseemos, conducente a aislar esta modalidad cultural del vasto complejo arqueológico de nuestro N. O., es la que brindó Antonio Serrano, en 1943, en un artículo publicado en «La Prensa» de Buenos Aires¹, en el que, acertadamente, creó un nuevo «tipo cerámico» que llamó de Condorhuasi, tipo de características bien definidas y distintas al resto de la alfarería del N. O. Algunas

¹ SERRANO, 1943.

piezas similares ya eran conocidas por trabajos anteriores ², piezas que habían suscitado comentarios, en algunos casos, por su aspecto peculiar ³.

En aquel primer artículo, Serrano establece las características tipológicas esenciales del nuevo estilo, basándose en las observaciones hechas en cierta cantidad de material inédito, examinado en distintas colecciones. Como estos especímenes procedían, en su mayor parte, de la pequeña localidad de Condorhuasi, en el departamento de Belén, en la provincia de Catamarca, se utilizó este nombre para bautizar el nuevo tipo de alfarería.

Las características fundamentales de la nueva cerámica eran, según su descriptor, las siguientes: «vasos antropomorfos, cuya boca se abre siempre sobre la cabeza del personaje», «piernas abultadas», «vasos de fondo plano», «algunos vasos de formas complejas», pero el elemento más típico lo daba la decoración, obtenida mediante un «engobe rojo-ocre lustroso y sobre éste, los dibujos realizados en negro, bordeados siempre por gruesas líneas blancas». Algunas piezas ofrecían variantes en el uso del color, como dibujos ejecutados únicamente en blanco, pero se agrupaban en la misma forma dentro de las series establecidas.

Después de señalar algunas afinidades con piezas publicadas por Debenedetti y los hermanos Wagner, el autor señala analogías basadas en la técnica decorativa de este estilo con el de la quebrada de Humahuaca, y, sobre todo, con el atacameño chileno e, indirectamente, ve influencias tiahuanacotas. En su párrafo final, el autor nos dice «...quizás esta cerámica represente una nueva «cultura» dentro del complejo diaguita».

En un trabajo posterior, algo más completo, el autor amplía sus ideas sobre la cerámica tipo Condorhuasi ⁴, reafirmando las similitudes de este estilo con las series chilenas publicadas por la Dra. Grete Mostny, bajo el título de «cuarto estilo» ⁵. En este nuevo trabajo descarta la posibilidad de que tanto el estilo chileno afín como el Condorhuasi puedan considerarse como epígonos de Tiahuanaco ⁶, al mismo tiempo que amplía la descripción original con el aporte de nuevos especímenes, procedentes de las provincias de Catamarca y La Rioja y la referencia

² AMBROSETTI, 1899; BOMAN, 1927-1932, fig. 50.

³ BREGANTE, 1926, p. 257.

⁴ SERRANO, 1944.

⁵ MOSTNY, 1942, 1944; SERRANO, 1944, p. 4.

⁶ SERRANO, 1944, p. 7.

a hallazgos similares en Santiago del Estero. Con posterioridad a esta publicación, Serrano ha insistido en que «...la cerámica tipo Condorhuasi, por los elementos figurados de ella (nariguera en media luna, faldellín corto) puede corresponder a otra cultura...»⁷.

Por el contrario, Wendell Bennett, en su excelente síntesis sobre la arqueología del N. O. argentino, dice cautelosamente: «The Condorhuasi Polychrome style does not fit into any of the above cultures (las culturas del N. O.) there is not sufficient evidence to call it a separate culture»⁸. Para Palavecino, Condorhuasi tendría el carácter de un «estilo decorativo menor», comparado con las facies de Angualasto, Santa María y Barreal⁹.

Recientemente Ibarra Grasso señala, en distintos trabajos¹⁰, las afinidades existentes entre algunas piezas de cerámica del tipo Condorhuasi y otras de la cultura de la Candelaria, conjunto para el que propone la designación de Cultura Tucumana.

II. ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACIÓN EN EL TERRENO.

El centro arqueológico de Condorhuasi puede ser citado como ejemplo arquetípico de un mal crónico que desde hace muchas décadas afecta nuestra arqueología, y especialmente el área diaguita, mal de etiología demasiado polimorfa para que nos detengamos a analizarlo aquí. Nos referimos al olvido, casi absoluto en algunas áreas, de los trabajos sistemáticos de campaña, fuente esencial del conocimiento arqueológico. Entre nosotros la labor de investigación más importante de los últimos veinticinco años pareció concentrar sus esfuerzos más decididos, por un lado en la descripción de piezas, a menudo aisladas, y extraídas sin los requisitos elementales de técnica, y por otro en la rebusca de las fuentes escritas, con cuyo concurso trataban de interpretarse, a todo trance, aquellos materiales. El hecho de interpretar los materiales arqueológicos, no mediante la metodología de esta ciencia, sino valiéndose de la crónica histórica ha producido, paradójicamente, una falta completa de la perspectiva histórica del N. O., donde los restos hallados se clasifican sin discriminación como omaguacas, diaguitas, atacamas,

⁷ SERRANO, 1947, p. 50.

⁸ BENNETT, 1948, p. 118.

⁹ PALAVECINO, 1948, p. 57.

¹⁰ IBARRA GRASSO, 1950, 1951.

según el área del hallazgo, sin que se haya intentado, en el mayor número de los casos, averiguar la sucesión histórica o la cronología que podría corresponderles. Algo análogo a lo que ocurría hace muchos años en el Perú, cuando se atribuía a los *Incas* cualquier resto arqueológico hallado dentro de la esfera geográfica de su influencia. Por otro lado, gran parte del esfuerzo científico parece dedicado a establecer, en primer término, las vinculaciones culturales más alejadas, a estudiar las procedencias de los complejos culturales y los desplazamientos étnicos continentales. Y si bien es cierto que los desplazamientos étnicos y estudios de procedencia están dentro de los objetivos fundamentales de la Arqueología, presuponen siempre un metódico trabajo de análisis previo, sobre los aspectos esencialmente locales de cada área. Mal podemos establecer el orden seguido por las olas de influencias culturales andinas o amazónicas, en el área diaguita, si no conocemos previamente las secuencias culturales habidas en esa área, y es imposible establecer tales secuencias con la sola labor de observación y comparación tipológica hecha en el laboratorio. La única solución posible es la ejecución de cuidadosos trabajos de campaña, ejecutados con la técnica adecuada.

Sobre Condorhuasi no tenemos, hasta ahora, no obstante su extraordinaria importancia, una sola descripción sobre condiciones de hallazgo de los materiales arqueológicos de esa zona, pese a que las piezas excavadas en sus cementerios deben sumar ya muchos miles. En efecto, lo que más nos impresionó en la primera y corta visita, el 7 de mayo de 1951, fué el extraordinario grado de saqueo que presentan todos los yacimientos arqueológicos de los alrededores de la localidad típica. No hay pequeña lomada o cerro en donde los pozos profundos de los buscadores de antigüedades no hayan dejado sus huellas.

En los lugares de los cementerios más ricos, el suelo está prácticamente acribillado de pozos de distintas profundidades, vestigios de aquellas búsquedas al margen de la ley. En algunos casos, como en la vieja finca abandonada de D. Bernardo Guerrero, en Corral de Ramas, sitio de donde proceden algunas de las más hermosas piezas de la Cultura Condorhuasi, entre ellas las figuras antropomorfas de la colección del padre Vázquez, que describió Serrano, los buscadores de «antigüitas», según la pintoresca jerga local, excavaron verdaderas galerías por debajo de los cimientos del viejo rancho, en busca de alguna tumba más, que les proporcionara especímenes curiosos, de alto precio en el mercado activísimo que ya se ha establecido. Y no son sólo los alrededores de Condorhuasi: el saqueo de las tumbas indígenas se prolonga especial-

mente hacia el sur. No hay pequeña localidad donde no abunden los pozos de los buscadores profesionales. Desde *La Estancia* hasta *La Aguada* y desde *Yaco-Utula* a *Las Manzanas*, (fig. 1) el saqueo de tumbas no ha conocido límites. Prácticamente cada localidad tiene un «experto» o «baqueano» en la búsqueda de antigüedades y en su comercialización. Gran parte de este comercio es fomentado por los aficionados y, lo que es peor, también por algunos Museos, que periódicamente compran a los buscadores piezas seleccionadas de las extraídas. Una vez iniciado este comercio, su mantenimiento es un círculo vicioso: dichas instituciones compran —nos aseguran— para evitar que las piezas caigan en manos de particulares y se dispersen; los buscadores, a su vez, excavan y saquean para mantenerlos satisfechos, y los pocos que se interesan en poner coto a la depredación luchan en vano tratando de hacer cumplir una ley que es letra muerta y con las dificultades de no poder emprender los trabajos mínimos de campaña que se requieren, por falta de fondos, ya que tales trabajos, siempre costosos, son los únicos que podrían salvar para la ciencia parte de este patrimonio que pertenece a la Nación.

Las primeras piezas halladas en este importante centro arqueológico que es el extremo meridional del valle del Hualfin, cuyo punto más importante es *Condorhuasi*, corresponden a los descritos por Lafone Quevedo ¹¹. Allí se describen e ilustran distintas piezas procedentes de *Condorhuasi* ¹² y se mencionan las localidades de *Yaco-Utula*, *Las Gradillas* ¹³, *La Aguada* ¹⁴ y *Puerta de San José*. Sobre la importancia arqueológica y estratégica de esta última, Lafone hizo diversos comentarios, situando en ella el límite del valle Calchaquí ¹⁵. Sobre *Las Gradillas*, que identifica con *La Estancia*, hace notar la extraordinaria frecuencia con que se encuentran en ella los restos arqueológicos ¹⁶. En cuanto a las piezas de estas localidades, la mayoría corresponden al tipo que hoy denominaríamos Draconiano o Barreal, con sus dos variedades: pintado y grabado (Ciénaga Policroma y Huiliche Monocroma, de Bennett).

Es posible que, en su recorrido, Lafone no pasara al O. de *Puerta*.

¹¹ LAFONE QUEVEDO, 1908, p. 369 y sig.

¹² *op. cit.*, fig. 43.

¹³ *op. cit.*, p. 369.

¹⁴ *op. cit.*, fig. 16 y sig.

¹⁵ *op. cit.*, p. 315.

¹⁶ *op. cit.*, pp. 340, 342.

de San José. En esa época, como hoy, las antigüedades se bajaban de los más escondidos rincones del valle hasta esa localidad, de fácil acceso, por el camino de Belén.

Las investigaciones arqueológicas más importantes de las efectuadas hasta ahora y las únicas bien documentadas de que disponemos, aunque por desgracia inéditas, son las efectuadas en distintos períodos y diferentes expediciones, por Benjamín Muniz Barreto, que fueron dirigidas primero por Vladimiro Weiser y, a su muerte, por Francisco Wolters. Las primeras excavaciones de Weiser en el centro arqueológico de *Condorhuasi* las efectuó del 19 de marzo al 8 de abril de 1926, durante el transcurso de la VIII expedición arqueológica¹⁷. Esta expedición fué desgraciadamente la última en que participó aquel inteligente y laborioso trabajador de nuestra Arqueología, cuyos méritos sólo serán suficientemente apreciados cuando, algún día, se publiquen los valiosísimos materiales que excavó en forma concienzuda. Después de la muerte de Weiser, Wolters prosiguió las excavaciones en el rincón meridional del valle y realizó búsquedas en distintos yacimientos, como el extraordinariamente importante de *La Aguada* y otros como *Yaco-Utula*, etc. También excavó en esta zona Rodolfo Schreiter, por cuenta de la Universidad de Tucumán, pero carecemos de información documental al respecto.

Estas observaciones y comentarios están basados parcialmente en la lectura de las libretas de viaje y de los materiales excavados por Weiser y Wolters y, sobre todo, en nuestras propias excavaciones, llevadas a cabo entre los meses abril-junio de 1952, que permanecemos en la zona de *Condorhuasi*. Excavaciones que llevamos a cabo como parte de un plan de investigación sistemática en el valle del Hualfin, patrocinado por el Museo de La Plata y realizado con la ayuda de la Fundación Wenner-Gren, de Nueva York.

III. SITIOS ARQUEOLÓGICOS.

Es muy curioso el hecho de que la mayor cantidad de restos arqueológicos atribuibles a la cultura Condorhuasi proceda del ángulo S. O. del valle del Hualfin. Estos comienzan a aparecer a orillas del río Hualfin, al N. de *La Ciénaga*, pero, según veremos, estos restos son escasos y mal definidos o quizás se refieran a una «facie» de la misma cultura.

¹⁷ WEISER, 1925, 1926, p. 42 y sig.

Al N. y al N. O. del valle, escasean o faltan por completo los especímenes. Es necesario salir de los límites del valle del Hualfin e ir mucho más al N. para tener noticias de nuevos hallazgos de tipo Condorhuasi en esta dirección, mientras que al O. y al S. O. del valle, por el contrario, parece hallarse el verdadero centro de esta cultura. Daremos una descripción de conjunto y en detalle de esta zona (mapa de la lám. III).

a) LA CIÉNAGA.

Esta población se encuentra sobre la margen derecha del río Hualfin. Su riqueza arqueológica es conocida desde hace mucho tiempo, pues ya en la colección Lafone existían piezas llevadas de sus inmediaciones¹⁸; Bruch también coleccionó aquí diversas piezas; Casanova excavó un cementerio al S. del río Güiyischi (Huiliche), al N. de *La Ciénaga*¹⁹; Weiser excavó, a partir de 1925, una serie de cementerios especialmente en el área comprendida entre *La Ciénaga* y el río del Señuelo, y también más al N. del mismo, hasta casi la localidad de *Palo Blanco*. En total, los cementerios explorados dentro del área que delimitan los dos puntos citados en primer término fueron 14, con un total de muchos centenares de tumbas. El inventario completo de los ajuares fúnebres se encuentra en las libretas de campaña depositadas en el Museo. Piezas aisladas de estas tumbas fueron ilustradas por Debenedetti²⁰ y Márquez Miranda²¹. La mayoría de estos cementerios y tumbas corresponden a la cultura llamada genéricamente de los Barreales, cultura que debió corresponder a un largo período de tiempo, la que cronológicamente es posible subdividir en diferentes facies o aún en culturas distintas.

1. — *El cementerio N.º 14*, explorado por Wolters, en junio de 1927, está situado entre los cauces secos de los ríos El Diablo y La Manga, al sur del río Güiyischi (Huiliche), a unos 8 Km. del N. de La Ciénaga. Estos ríos, hoy casi secos, son afluentes del Hualfin. El cementerio N.º 14 se halla situado a unos 200 ó 300 mts. de este último. Los sepulcros se hallaron a distintas profundidades, algunos a 2,50 m. No se hallaron piezas del tipo Condorhuasi Policromo o Condorhuasi Clásico, pero, basándome en afinidades tipológicas, creo que es posible atribuir varias

¹⁸ LAFONE QUEVEDO, 1908.

¹⁹ CASANOVA, 1930.

²⁰ DEBENEDETTI, 1931.

²¹ MÁRQUEZ MIRANDA, 1946.

de las tumbas de este cementerio a una de las facies de Condorhuasi, la que presenta más afinidades con la alfarería gris o negra con decoración geométrica (Facies La Ciénaga de la llamada Cultura de los Barreales).

2. — *Basureros*. No lejos del cementerio N.º 14, antes mencionado, hacia el O. del mismo, se encuentra, próximo al cauce seco que allí existe, un sitio (S. 18 de nuestra libreta de campaña), que, como toda la zona próxima, se encuentra sumamente erosionado con pequeñas barrancas hasta de 2 mts. de alto. Al pie de estas barrancas, en una extensión de unos 100 mts. de radio, la cantidad de fragmentos de alfarería es extraordinaria. En algunos casos la superficie se halla cubierta de fragmentos en un espesor de 15 a 20 cms. Junto a estos fragmentos de cerámica se hallan láminas de basalto y núcleos. Existen conanas alargadas y manos de molino circulares, achatadas, muy grandes, del tipo doble. También se encuentran pequeños fragmentos de hueso, restos de carbón y piedras amontonadas y se recogieron dos puntas de proyectil con pedúnculo. Las conanas se encuentran a veces en grupos de 2 ó 3. La alfarería es casi toda doméstica, tosca, de paredes relativamente delgadas, con antiplástico de arena fina o mediana (Condorhuasi Tosca). Excepcionalmente aparece asociada a ella una cerámica negra grabada, del tipo Condorhuasi Gris Grabada. También hallamos aquí un fragmento de Condorhuasi Roja Monocroma y otro de tipo excepcional: Condorhuasi Tricolor. No estaba exento de mezcla el basurero, pues también recogimos algunos fragmentos de alfarería Sanagasta y del tipo Huiliche Monocromo de Bennett.

En la misma zona identificamos otros basureros análogos a éste. En nuestro primer viaje no sabíamos a qué cultura atribuir estos basureros que se distinguían perfectamente de los muy próximos, pertenecientes a otras culturas como Belén o Sanagasta. Hasta pensábamos en una facie cultural desconocida. Posteriormente, el hallazgo de algunos fragmentos específicos y el examen del material del cementerio N.º 14, nos orientó en el diagnóstico.

b) CONDORHUASI ²².

Condorhuasi es el nombre del pequeño villorrio que, a su vez, da nombre a la zona vecina. Se encuentra situado a unos 3 ó 4 Km. al oriente

²² Este nombre es muy común en el N. O. argentino. Solamente en la provincia de Catamarca existen varios así denominados. En la zona próxima a Andalgalá hay dos localidades con esta denominación. (ver mapa de Lafone Quevedo, 1906).

de los cerros que forman la cadena que cierra el valle del Hualfin al poniente y que se conocen con el nombre de La Falda (ver mapa de la fig. 1). Visto desde lo alto de estos cerros, todo el ancho del valle del Hualfin aparece como una zona intensamente erosionada, cortada por numerosos cauces de altas barrancas. Más o menos a la mitad del camino entre *Condorhuasi* y *La Ciénaga*, que se encuentran aproximadamente sobre el mismo paralelo, se halla una alta terraza, muy bien definida, que sobrepasa en algunos lugares los 30 mts. de altura. Esta terraza permite observar los inmensos depósitos de loess cuaternario que rellenan gran parte del valle. Se trata de un loess amarillo claro o pardo, pulverulento en los pisos superiores, más consolidado y de color más oscuro en los inferiores. En la base de este loess se halla un espeso manto de grandes rodados, alternando con capas de arena de distinto tamaño.

Toda la zona de la primera terraza se halla cortada en grandes lenguas longitudinales, por efecto de la erosión, que la desfleca e interrumpe con mil entrantes y salientes, separadas por los cauces excavados en el espesor de los sedimentos. Es sobre esta terraza, en una de esas lenguas alargadas de loess, tendida de E. a O. al pie del faldeo, donde se halla la localidad de *Condorhuasi*, pequeño villorrio de no más de una veintena de casas desparramadas a lo largo de los ríos Corral de Ramas y de Los Morteros, situadas en lo alto o escondidas en los profundos vericuetos de las múltiples barrancas que confluyen hacia la común concavidad del terreno por donde se escurren los ríos principales.

El agua rumorosa de las acequias nutre la vegetación que interrumpe, con su mancha verde oscuro o amarillo oro, según las estaciones, la monotonía cromática del tapiz que forman las plantas espinosas y achaparradas que cubren toda la falda de los cerros y las llanuras vecinas y en el que sólo se destacan, altivamente erguidas, filas interminables de rectos cardones.

Alejado de los grandes centros, ya que sólo es posible llegar hasta allí por caminos de herradura, la mayoría de la población conserva en la sangre y en las modalidades fuertes resabios de su remoto pasado que preservaron hasta hace poco de contaminación las distancias y las asperezas del camino. Pero aquellas supervivencias no han escapado a la avalancha de los tiempos nuevos, y ceden a los procesos de una rápida aculturación.

La población actual vive del producto de las viñas, de los árboles frutales, de las majadas de ovejas y cabras; también quedan algunas pocas llamas que se crían en lo alto de las mesadas, donde crecen abundantes pastos duros. La altura de la población es, aproximadamente,

1950 m. s. n. m. El maíz y el trigo se cultivan bastante bien y los frutales producen en abundancia. Un pequeño almacén y una escuelita completan el inventario principal de todo el pueblo.

Desde el punto de vista arqueológico, los hallazgos principales que aquí nos interesan se han efectuado en los alrededores del pueblo, en los lugares que iremos enumerando a continuación.

c) CORRAL DE RAMAS.

Se halla a dos Km. y medio de Condorhuasi. Es una pequeña quebrada que se halla justamente al pie de los contrafuertes de La Falda, que, como los dedos de una mano gigantesca, avanzan hacia el plano inclinado de «las mesadas» y se hunden pronto en las capas de «loess» de la primera terraza. Por el fondo de la quebrada corre el río del mismo nombre; a sus orillas, en lo alto de las barrancas, es donde se realizan los hallazgos arqueológicos. En el puesto, hoy abandonado, de don Bernardo Guerrero, es donde se hallaron las piezas de la colección Vázquez, que sirvieron a Serrano para fundar el tipo cerámico Condorhuasi. En este lugar también excavó Schreiter, según mi guía, que le sirvió entonces de peón. Sobre la margen derecha del río, y a unos 300 mts. del puesto mencionado, encontramos nosotros la primera casa-pozo típica excavada en el N. O. argentino ²³.

En las proximidades de Corral de Ramas comenzó Weiser sus excavaciones y reconocimientos el 19 de marzo de 1926, durante el transcurso de la VIII expedición arqueológica de B. Muniz Barreto, que por desgracia fué la última que dirigió ²⁴. Con toda precisión aquel pulcro investigador dejó sentado en su diario de notas que la forma y el decorado del material extraído en algunos de los sepulcros difería de todo lo que había encontrado en el transcurso de las largas expediciones anteriores. Los sepulcros excavados aquí por Weiser fueron de muy diversos tipos: sólo unos pocos pertenecen a lo que denominaríamos hoy cultura Condorhuasi; otros corresponden a las culturas Belén, Sanagasta y a las dos facies de la llamada hasta ahora cultura Barreal, facies que nosotros denominamos de La Aguada y de La Ciénaga, respectivamente.

El río Corral de Ramas corre hacia el fondo del valle y, luego de recibir otros afluentes, se junta, después de haber pasado la población

²³ REX GONZÁLEZ, 1953.

²⁴ Weiser falleció en Buenos Aires cuatro meses más tarde.

de Condorhuasi, con el río de Los Morteros y desde allí, con este nombre, se dirige hacia el naciente para encontrar al Hualfin en el fondo del valle y frente a la localidad de La Puerta de San José.

Al pie de los cerros de La Falda, al sur del río Corral de Ramas, se extiende una serie de lomadas de loess amarillo, restos de la primera terraza del valle, los que también presentan la forma de lenguas alargadas que delimitan barrancas a pico que bordean los profundos cauces. Estas lomadas (Altos) y los respectivos cauces, que sólo esporádicamente llevan agua, reciben distintos nombres, Los principales son: Alto del Medio, Alto de los Morteros, Alto Grande, Alto de la Hoyada, Alto de Doña Marta, etc. En todos ellos existen huellas de cientos de sepulcros violados. La alfarería de superficie es bastante abundante y nosotros hicimos colecciones con miras a la aplicación del método porcentual. Abundan también las huellas de grandes casas-pozo.

Siempre al pie de los cerros de La Falda se escalona, entre las cotas de los 2.200 y los 1.600 m. s. n. m.²⁵, una serie de poblados, a veces de no más de 3 ó 4 ranchos dispersos, situados generalmente a la entrada de las quebradas, sobre las lomas vecinas a las corrientes principales de agua que se dirigen hacia el Hualfin. En todos estos lugares se han realizado interesantes hallazgos arqueológicos, a menudo en relación con la cultura Condorhuasi, y curiosamente siempre al S. de Corral de Ramas y al pie de La Falda. Hacia el N. faltan hasta ahora por completo los hallazgos de tipo Condorhuasi.

Los sitios de mayor interés, situados hacia el sur de Condorhuasi y Corral de Ramas, son: Las Barrancas, Las Juntas, Granadillas, Pozo de Piedra, La Toma, Yacoutula y La Aguada, todos situados en dirección N. a S. Un poco más hacia el naciente se encuentra La Estancia, otro lugar de interés (ver lám. II).

Las Barrancas: está a 4 ó 5 Km. al S. de Condorhuasi, desde donde se llega por penosos caminos que suben y bajan los mil y un arroyos y zanjones que descienden desde el pie de los cerros. Es posible que Las Barrancas y sus alrededores, especialmente el pie de los cerros, fuera un centro de la cultura Condorhuasi, más importante aún que los «altos», cerca del pueblo epónimo. Aquí se han hallado tumbas con piezas típicas de gran interés. Muchos de los cientos de ejemplares de la colección Cura proceden de esta localidad. Numerosas piezas que se dan como procedentes de Condorhuasi fueron en realidad halladas cerca de Las Barrancas, pero debido al hecho de que los mejores «especialistas»

²⁵ Hoja 28-67 C, Belén del I. G. M.; edición 1935.

en el saqueo de tumbas procedían de Condorhuasi, aunque extendieron su radio de acción y excavaron cerca de Las Barrancas, los compradores rotularon las piezas de acuerdo con el sitio de origen del excavador y no según el lugar original del hallazgo.

Los sitios de interés arqueológico próximos a Las Barrancas son innumerables. Existen muchos cementerios saqueados a 2 Km. al N. del pueblo. En estos sitios hay también numerosas huellas de casas-pozo, pero es difícil determinar sin grandes excavaciones, a qué cultura pertenecen. Los cementerios de tipo Condorhuasi generalmente están a gran profundidad —2 o más metros— y en la actualidad se requiere mucha suerte para poder localizar siquiera una tumba, pues los sitios donde hubo señales exteriores están hoy alterados por completo.

Cerca de Las Barrancas no existen sitios de construcciones de paredes de piedras ni andenes como en Asampay. Los hallazgos que aquí se hacen, aparte de los de tipo Condorhuasi, corresponden a otras culturas. Nuestro buen amigo Dn. Benigno Rodríguez, progresista vecino de Las Barrancas, halló tres grandes urnas de tipo Sanagasta; nosotros no hallamos en nuestros recorridos vestigios de basureros superficiales, sólo esporádicos fragmentos de alfarería de la cultura de Los Barreales.

Yacoutula o Yaco-Utula: sitio situado al O. de La Toma y al N. O. de la Aguada, es mencionado frecuentemente por Lafone Quevedo ²⁶, quien ilustró muchos objetos de esta procedencia. La X expedición de B. Muñiz Barreto, a cargo de Wolters, excavó sitios de diferente cultura en los alrededores de este pequeño caserío. Sobre el lugar denominado La Loma halló una población con habitaciones de paredes de piedra (pirca), perteneciente a la cultura Belén. También se han hallado sepulturas de tipo Barreal y piezas típicas de la cultura Condorhuasi.

La Aguada, es un pequeño vallecito secundario situado a 4 leguas de La Puerta de San José, escondido en el rincón más austral del Valle del Hualfin. Está rodeado por cerros bajos que apenas alcanzan los 200 m., contrafuertes que se desprenden de La Falda por un lado y de la sierra de Belén por otro y que confluyen allí. El pequeño valle no tiene más de 1 Km. de ancho en el sitio donde se han realizado los hallazgos más importantes. Estos se hallan sobre la orilla norte del río La Aguada, próximo al lugar donde el cauce hace un recodo, cambiando de rumbo para dirigirse hacia el oriente, en busca de las márgenes del Hualfin.

El espacio de tierras laborables situado entre las márgenes del río y el pie de los cerros apenas si alcanza 500 m. en su parte más ancha.

²⁶ LAFONE QUEVEDO, 1908.

En esta estrecha faja de tierra enterraron sus muertos y quizá vivieron los especializados artífices que nos dejaron las más brillantes muestras del arte cerámico de la cultura Barreal (nuestra facie La Aguada) y los de la cultura Condorhuasi. Quizá no hubo aquí viviendas y sólo fué lugar de enterratorios. Desgraciadamente nosotros no pudimos excavar estos lugares, como habíamos proyectado en un principio. El esfuerzo requerido en excavar las grandes casas-pozo, cerca de Condorhuasi, consumió el tiempo que habíamos destinado a La Aguada.

Las barrancas del río La Aguada alcanzan hasta 10 m. de alto. Están formadas por loess amarillo pulverulento, el que descansa, como en todo el valle, sobre una capa de rodados que alternan con capas de grava y arena. Al destruirse casualmente estas barrancas se realizaron hallazgos de tumbas, que fueron comunicados por don Salomón Aybar a D. Francisco Wolters, que a la sazón se hallaba acampado en Yacoutula. Wolters comisionó a dos de sus más expertos trabajadores: Felipe Méndez y Belisario Sosa²⁷ para que intentaran algunas búsquedas, que éstos cumplieron con éxito, decidiendo los trabajos posteriores en gran escala. Nosotros no hemos hallado signos exteriores de habitaciones ni de basureros en los lugares explorados por Wolters y sólo alguna que otra huella de las viejas excavaciones.

Una gran cantidad de sepulcros —pasan del centenar— fueron excavados por Wolters en La Aguada. Aquí halló los ejemplares más extraordinarios de la cerámica habitualmente denominada «draconiana». Algunos sepulcros alcanzaron la profundidad de 6 m., por lo que su excavación requirió ingentes esfuerzos. Al lado de los sepulcros de la cultura Barreal aparecieron, con un ajuar absolutamente distinto, unos pocos sepulcros pertenecientes a la cultura Condorhuasi y, dentro de la misma área, otros de distintas culturas, algunas urnas Belén y hasta una sepultura de influencia incaica, con aríbalos rojos asociados a pocos decorados en negro y rojo, con el clásico dibujo de «manos» de la llamada civilización chaco-santiagoña.

IV. PATRIMONIO CULTURAL.

El contexto de los elementos culturales atribuidos a Condorhuasi lo hemos hecho basándonos:

- a) En el contenido de las tumbas atribuidas a esta cultura;

²⁷ Informe de este último, mi guía en 1951 y 1952.

en el saqueo de tumbas procedían de Condorhuasi, aunque extendieron su radio de acción y excavaron cerca de Las Barrancas, los compradores rotularon las piezas de acuerdo con el sitio de origen del excavador y no según el lugar original del hallazgo.

Los sitios de interés arqueológico próximos a Las Barrancas son innumerables. Existen muchos cementerios saqueados a 2 Km. al N. del pueblo. En estos sitios hay también numerosas huellas de casas-pozo, pero es difícil determinar sin grandes excavaciones, a qué cultura pertenecen. Los cementerios de tipo Condorhuasi generalmente están a gran profundidad —2 o más metros— y en la actualidad se requiere mucha suerte para poder localizar siquiera una tumba, pues los sitios donde hubo señales exteriores están hoy alterados por completo.

Cerca de Las Barrancas no existen sitios de construcciones de paredes de piedras ni andenes como en Asampay. Los hallazgos que aquí se hacen, aparte de los de tipo Condorhuasi, corresponden a otras culturas. Nuestro buen amigo Dn. Benigno Rodríguez, progresista vecino de Las Barrancas, halló tres grandes urnas de tipo Sanagasta; nosotros no hallamos en nuestros recorridos vestigios de basureros superficiales, sólo esporádicos fragmentos de alfarería de la cultura de Los Barreales.

Yacoutula o Yaco-Utula: sitio situado al O. de La Toma y al N. O. de la Aguada, es mencionado frecuentemente por Lafone Quevedo ²⁶, quien ilustró muchos objetos de esta procedencia. La X expedición de B. Muniz Barreto, a cargo de Wolters, excavó sitios de diferente cultura en los alrededores de este pequeño caserío. Sobre el lugar denominado La Loma halló una población con habitaciones de paredes de piedra (pirca), perteneciente a la cultura Belén. También se han hallado sepulturas de tipo Barreal y piezas típicas de la cultura Condorhuasi.

La Aguada, es un pequeño vallecito secundario situado a 4 leguas de La Puerta de San José, escondido en el rincón más austral del Valle del Hualfin. Está rodeado por cerros bajos que apenas alcanzan los 200 m., contrafuertes que se desprenden de La Falda por un lado y de la sierra de Belén por otro y que confluyen allí. El pequeño valle no tiene más de 1 Km. de ancho en el sitio donde se han realizado los hallazgos más importantes. Estos se hallan sobre la orilla norte del río La Aguada, próximo al lugar donde el cauce hace un recodo, cambiando de rumbo para dirigirse hacia el oriente, en busca de las márgenes del Hualfin.

El espacio de tierras laborables situado entre las márgenes del río y el pie de los cerros apenas si alcanza 500 m. en su parte más ancha.

²⁶ LAFONE QUEVEDO, 1908.

En esta estrecha faja de tierra enterraron sus muertos y quizá vivieron los especializados artífices que nos dejaron las más brillantes muestras del arte cerámico de la cultura Barreal (nuestra facie La Aguada) y los de la cultura Condorhuasi. Quizá no hubo aquí viviendas y sólo fué lugar de enterratorios. Desgraciadamente nosotros no pudimos excavar estos lugares, como habíamos proyectado en un principio. El esfuerzo requerido en excavar las grandes casas-pozo, cerca de Condorhuasi, consumió el tiempo que habíamos destinado a La Aguada.

Las barrancas del río La Aguada alcanzan hasta 10 m. de alto. Están formadas por loess amarillo pulverulento, el que descansa, como en todo el valle, sobre una capa de rodados que alternan con capas de grava y arena. Al destruirse casualmente estas barrancas se realizaron hallazgos de tumbas, que fueron comunicados por don Salomón Aybar a D. Francisco Wolters, que a la sazón se hallaba acampado en Yacoutula. Wolters comisionó a dos de sus más expertos trabajadores: Felipe Méndez y Belisario Sosa²⁷ para que intentaran algunas búsquedas, que éstos cumplieron con éxito, decidiendo los trabajos posteriores en gran escala. Nosotros no hemos hallado signos exteriores de habitaciones ni de basureros en los lugares explorados por Wolters y sólo alguna que otra huella de las viejas excavaciones.

Una gran cantidad de sepulcros —pasan del centenar— fueron excavados por Wolters en La Aguada. Aquí halló los ejemplares más extraordinarios de la cerámica habitualmente denominada «draconiana». Algunos sepulcros alcanzaron la profundidad de 6 m., por lo que su excavación requirió ingentes esfuerzos. Al lado de los sepulcros de la cultura Barreal aparecieron, con un ajuar absolutamente distinto, unos pocos sepulcros pertenecientes a la cultura Condorhuasi y, dentro de la misma área, otros de distintas culturas, algunas urnas Belén y hasta una sepultura de influencia incaica, con aríbalos rojos asociados a pocos decorados en negro y rojo, con el clásico dibujo de «manos» de la llamada civilización chaco-santiagoña.

IV. PATRIMONIO CULTURAL.

El contexto de los elementos culturales atribuidos a Condorhuasi lo hemos hecho basándonos:

a) En el contenido de las tumbas atribuidas a esta cultura;

²⁷ Informe de este último, mi guía en 1951 y 1952.

b) En el examen de los sitios de vivienda y basureros hallados a orillas del río Hualfin;

c) En las similitudes o afinidades de índole tipológica determinadas en el estudio de piezas sueltas procedentes de museos o colecciones privadas, piezas que en su casi totalidad carecen de documentación adecuada.

La conclusión que se desprende del examen de esos elementos es que Condorhuasi es una cultura, con bienes patrimoniales y posición cronológica propia, perfectamente separable del resto de la cultura del N. O. Examinaremos algunos de los elementos integrantes de su patrimonio.

A) Alfarería

Desde hace tiempo, recorriendo las viejas colecciones del museo de La Plata, habíamos reparado en algunas piezas de cerámica que nos habían atraído poderosamente la atención por su forma o su tipología particular. Pensábamos por entonces agrupar y definir, en lo posible, los distintos contextos arqueológicos que se presentaban en nuestro N. O. y esas piezas de alfarería no tenían fácil cabida en los cuadros conocidos. Estas piezas distintas procedían de Catamarca y pertenecían a las colecciones Muniz Barreto y Lafone Quevedo. Nuestro conocimiento y la interpretación de las mismas adquirió más sentido después de nuestro primer viaje a Catamarca, en 1951, en que tuvimos ocasión de ver muchísimos otros ejemplares en las distintas colecciones, el Museo Calchaquí, de la ciudad de Catamarca, la colección del Sr. Eduardo P. Cura, de Belén, y la del Sr. P. Gervan, de la localidad de La Puerta, así como la del Seminario de Catamarca, la pequeña serie de la parroquia de Belén, la del P. Vázquez, de Sta. María, la del Museo de la Universidad de Tucumán y las piezas de excepción que coleccionara don Ricardo Hirsch y que guarda en Buenos Aires su señora esposa. La gran mayoría de los especímenes de nuestro interés procedían del valle del Hualfin y sólo unos pocos tenían semejanzas evidentes con las piezas del estilo Condorhuasi de Serrano. Pero la valoración exacta de esos materiales sólo fué posible establecerse una vez completada la tarea de ordenación de los inventarios patrimoniales de las tumbas excavadas por las expediciones Muniz Barreto, en el valle del Hualfin y de nuestra labor de campaña. La ordenación de esos materiales requirió más de un año de labor ardua; pero una vez agrupados los elementos de cada una de las aproximadamente 1100

tumbas excavadas en el valle, surge en forma clara que las mismas pertenecen a períodos cronológicos muy distintos, períodos que están representados por las conocidas culturas de Belén, Sanagasta y Barreal. Un cierto número de tumbas, sin embargo, contenía material diferente a la de esas culturas y eran las que contenían las piezas que habían atraído primero nuestra atención y también las pocas piezas del tipo Condorhuasi clásico ²⁸. Otra conclusión importante de aquella ordenación sistemática, es que la cultura llamada de los Barreales presenta distintas facies, a las que corresponden, a no dudarlo, valores cronológicos propios.

La descripción de los tipos cerámicos que damos no se ajusta del todo a las reglas de la moderna metodología, pero éste es, simplemente un primer ensayo provisional, destinado a ser ampliado más adelante. De cualquier manera, hemos tratado de satisfacer un deseo expresado en 1949 ²⁹, nacido de la necesidad de dar descripciones ceramológicas más o menos completas, tales como las que se usan en Norteamérica, donde las normas metódicas están ya establecidas a este respecto ³⁰. En América del Sur ya ha comenzado a usarse el mismo sistema ³¹. Distintos autores han expuesto principios a seguir en estos estudios ³². En nuestro país, el profesor Serrano prepara un «corpus» general de la cerámica del N. O., siguiendo los mismos principios normativos ³³.

a) CONDORHUASI TOSCA. Piezas de este tipo se hallan en la colección Cura y en la Muniz Barreto. En los basureros que atribuimos a la cultura Condorhuasi, esta cerámica es más de un 90 % del total.

Pasta: Contiene gran cantidad de antiplástico constituido por arena cuarzosa, de granos pequeños, pero visibles a simple vista. Estos granos se visualizan en el interior de la pasta en los pedazos fragmentados, no en la superficie del vaso.

Textura: Migajosa o granulosa. Dureza de 2,5 a 3.

Color: El de la superficie externa es amarillento grisáceo e igual en la superficie interna.

²⁸ Este término se usa aquí y en adelante para designar el tipo descrito por primera vez por Serrano (SERRANO, 1943), el «Condorhuasi Policromo» de Bennett (1948, p. 102).

²⁹ REX GONZÁLEZ, 1949, p. 481.

³⁰ COLTON y HARGRAVE, 1937.

³¹ Puede consultarse la obra de Reichel-Dolmatoff (1951).

³² HERNÁNDEZ DE ALBA, 1949.

³³ SERRANO, 1952.

Cocción: Se realizó en atmósfera oxidante.

Superficie externa: Alisada groseramente, conserva cierta rugosidad al tacto.

Forma: Gran variedad. Por los fragmentos se observa que predominan las piezas globulares. Un ejemplar de la colección Cura, que ilustramos en la lám. V. 1, lleva una serie de protuberancias o salientes diverticulares globulosos. En la colección Barreto, procedente del ajuar fúnebre de una tumba de La Aguada, existían piezas divididas en dos secciones: en una, el cuerpo está provisto de una serie simétrica regular de estos divertículos; en otra, el cuello es cilíndrico, liso, de la forma típica de muchas piezas de esta cultura. También existen vasos calceiformes dentro de este tipo.

Apéndices: Por lo general están desprovistos de ellos.

Fondo: Cóncavo o convexo.

Medida: Variable. Por lo general piezas grandes, hasta de 40 cm. de alto; excepcionalmente vasos chicos. El espesor oscila entre 4 y 6 mm

Decoración: Por lo general son piezas lisas, pero algunas llevan una serie de líneas incisas, formando ángulos o series paralelas, dispuestas especialmente en el cuello.

Relaciones: Es muy similar o casi idéntica la cerámica doméstica que se halla en los basureros de la facie de La Ciénaga, de la cultura Barreal, la que se distingue netamente de la cerámica tosca de la cultura Belén-Sanagasta.

b) CONDORHUASI MONOCROMA ROJA. Este tipo se encuentra, frecuentemente, en las tumbas y en los basureros de la cultura Condorhuasi. En la colección Cura existen siete vasos de este tipo sin rotular. Otros tres ejemplares llevan los Nos. 63, 70 y 71. Las tres últimas piezas proceden de la localidad de Las Juntas. En la colección Gervan, de la localidad de La Puerta, existen otras piezas iguales. En el Museo del Instituto de Arqueología de la Universidad de Córdoba existe otro espécimen (N.º 46, 7), adquirido en la localidad de La Puerta, Belén, pero cuyo origen real debió ser el pie de los cerros de La Falda.

Pasta: Homogénea, con pajuelas de mica más o menos abundantes.

Cocción: En atmósfera oxidante. La pasta aparece casi uniformemente roja; a veces lleva áreas oscuras, debido a defectos de cocción, que impidió el libre contacto con el oxígeno.

Superficie: La externa es pulida, a veces bruñida, con enlucido o pintura espesa de color rojo uniforme, aunque de tonos variables de un ejemplar a otro, pudiendo llegar al color morado.

Forma: Diversas, pero con caracteres comunes. Gran parte de estas piezas posee cuerpo globular. Entre el cuerpo y el cuello existe, en la mayoría, una porción intermedia muy característica. Esta porción intermedia es una zona cuyo radio de curvatura es distinto al del cuerpo o al del cuello, de manera que se destaca nítidamente del resto del vaso. Las proporciones de la misma son variables, pues puede ser una ínfima parte del vaso o tener casi las mismas dimensiones que el cuello o el cuerpo. El cuello es cilíndrico y los labios rectos.

Tamaño: Variable. La mayoría mide entre los 15 y 20 cm. de alto, pero dos ejemplares alcanzan 35 cm. El espesor oscila alrededor de los 3 mm.

Fondo: Es por lo general convexo. No hemos observado ningún ejemplar de fondo plano. No existen asas y, en un solo caso, un espécimen, que lleva una figura antropomorfa en relieve, tiene las orejas agujereadas, a manera de dos pequeñas asas verticales.

c) CONDORHUASI BICOLOR. Sólo conocemos tres piezas de este tipo, pero las similitudes de la técnica alfarera son tan completas y bien definidas que no dudamos en separarlos en un tipo distinto. Dos de las piezas conocidas corresponden a figuras antropomorfas; la tercera es una figura zoomorfa.

Pasta: Es homogénea. No parece que se le agregó antiplástico alguno.

Cocción: En atmósfera oxidante.

Una característica muy definida del tipo es el gran grosor de las paredes que les da un peso considerable; si las comparamos con otras piezas del mismo tamaño y de otros tipos.

Decoración: Está realizada por el pintado en dos colores: el blanco amarillento o crema y el rojo subido, distribuidos convenientemente y combinados en secciones que se delimitan por líneas o puntos grabados o de salientes en relieve, de la misma pieza.

En la lám. V 2 y 2', reproducimos el ejemplar N.º 102 de la colección Cura, procedente de Condorhuasi. Se trata de la reproducción de una mujer arrodillada, que lleva, sostenido por una banda frontal, un cántaro a las espaldas. Toda la parte superior de la cabeza, donde se representa el peinado, partido al medio, está pintado en color crema. Las cejas están representadas en relieve, reforzadas por pintura roja, con la que se dibujaron también líneas quebradas en las mejillas imitando pinturas faciales. Los ojos son oblicuos y están reproducidos al

«pastillaje». Las orejas llevan una serie de adornos bastante complicados. El cuerpo es de color rojo oscuro, de superficie bruñida, donde apenas destacan, sobre el pecho, ambos senos. Lleva una serie de adornos en la cintura, a manera de faja. Este motivo de la mujer que lleva un cántaro a la espalda, sostenido por una banda frontal, fué explotado por los alfareros de las distintas culturas peruanas de diversas épocas, hasta la incaica. El segundo ejemplar de este tipo pertenece a la colección Vázquez, de Santa María, y procede del Valle del Cajón. Por último, un ejemplar zoomorfo, procedente de la zona de Condorhuasi y que pertenece al Museo Calchaquí.

d) **CONDORHUASI TRICOLOR** (lám. VI, 1 y 2). Ejemplares tipos: Nos. 101 y 19 de la colección E. P. Cura, Belén, procedentes ambos de Condorhuasi y los Nos. 2203, 2626 y 2515, procedentes de Andalgala, pertenecientes a la colección del Museo Calchaquí, de Catamarca.

Forma: Vasos cilíndricos o subcilíndricos con tendencia a ensancharse hacia la boca o hacia el fondo o adquiriendo a veces tendencia a la forma de timbales, pero con mayor predominio del diámetro vertical que el que se nota en estas piezas. Otra forma es la de vasos globulares o semiglobulares de fondo plano, como en las piezas anteriores. Las asas son anillos planos verticales.

Pasta: Homogénea, de color claro o blanquecino. No se observa antiplástico.

Cocción: Probablemente en atmósfera oxidante.

Superficie: Interna lisa, externa muy pulida, frecuentemente bruñida. Engobe de color blanco, crema o bien amarillento.

Decoración: Pintada en color rojo de diversos tipos, aun cuando es un rojo apagado, con tendencia al marrón. El otro color usado es el negro. Los motivos esenciales están constituidos por guardas, los más frecuentes de todos realizados teniendo como base el motivo escalonado. Existen diversos motivos geométricos, sobre todo figuras de rombos o diamantes, triángulos opuestos por el vértice, todos pintados en negro sobre el fondo blanco amarillento o crema.

Medidas: La pieza N.º 101 mide 19 cm. de altura máxima y 18 cm. de ancho; la N.º 19 mide 27 cm. de altura y el diámetro de la base es de 9 cm.

El vaso de la lám. VI, 3 presenta, sobre el borde, una cara antropomorfa en relieve. Toda la serie que integra este tipo revela el excelente gusto que caracterizaba a los alfareros de la cultura Condorhuasi en la dis-

tribución armónica de los motivos y en la elegancia y equilibrio de las formas, al mismo tiempo que el acabado de las mismas revela la seguridad y destreza técnicas que habían alcanzado, sólo comparables, en nuestras culturas aborígenes, con algunas de las mejores piezas de la cultura Barreal, facie de La Aguada. En este tipo, pese a que el juego cromático es de menor efecto que el que presenta el tipo Condorhuasi Policromo o Clásico, no deja de ser menos equilibrado y hermoso.

Similitudes y relaciones: El aspecto formal, el colorido, sobre todo cuando presentan fondo amarillento, y los motivos escalonados, les dan a los grandes vasos subcilíndricos aspecto tiahuanacoide bastante marcado. Difieren de ellos en la presencia de asa o algo en la forma. Los vasos subglobulares son, por los motivos y detalles, muy parecidos a algunas piezas chilenas, por ejemplo, la pieza ilustrada por Oyarzun, proveniente de Rauten ⁴⁴.

Una forma de vasos algo semejante a los de este tipo timbal aparece en la cultura de La Isla y, curiosamente, allí también están a veces decoradas con motivos escalonados ⁴⁵. Estos elementos no serían las únicas reminiscencias Condorhuasi que encontramos en la cultura de La Isla; ellas vuelven a aparecer en las piezas zoomorfas de esta localidad y del Alfarcito ⁴⁶.

e) CONDORHUASI LISO PULIDO. (lám. VII). Toda una interesante serie de piezas se agrupa en este tipo, cuyas características técnicas corresponden al tipo C —Rojo sobre Ante—, con excepción de los motivos pintados en rojo, que caracteriza a aquéllas. Llama la atención la frecuencia en este tipo de una serie de formas absolutamente diferentes a todas las que conocemos del N. O. argentino, que sólo tienen semejanza con otros especímenes de la misma cultura o de la de La Candelaria. Dos son los modelos fundamentales de estas curiosas formas: la primera son las denominadas «figuras dobles», pues se trata de un cuerpo cilíndrico, provisto de cuatro apéndices cónicos, en forma de patas, y en ambos extremos de este cuerpo aparecen modelados, por una parte, una cabeza zoomorfa, frecuentemente un felino, o una cabeza antropomorfa, y por el otro, un largo cuello cilíndrico que, en el caso ilustrado en la lám. VII, 1, se halla subdividido por una porción intermedia y lleva, además, superpuesta, una figura estilizada, en relieve. En algunos casos la cabeza del felino se ha reemplazado por la de una llama, lle-

⁴⁴ OYARZUN, 1912, fig. 13.

⁴⁵ DEBENEDETTI, 1910, figs. 75, 78.

⁴⁶ DEBENEDETTI, 1918.

vando la cabeza antropomorfa en el otro extremo de la pieza, tal como sucede con el hermosísimo ejemplar, de tipo Condorhuasi clásico, hallado en un entierro cerca de Belén, que se guarda en el Museo Calchaquí, análogo a otro de la colección Lafone-Quevedo, procedente de Choya, (Santiago del Estero). Otro ejemplar del tipo C —Rojo sobre Ante— N.º 104 bis, de la colección Cura, lleva una sola cabeza de llama en uno de los extremos.

Vasos de tan originales formas como éstas de las «figuras dobles» son excepcionales en la arqueología sudamericana. Sólo conocemos un ejemplar procedente de Carchi, Ecuador, que ilustra Bennett (BENNETT, 1954, p. 130, fig. 149) y los especímenes de la cultura del Molle, en el valle de Elqui, Chile, ilustrados por Cornely⁴⁷. Pero la misma idea que preside la creación de estas «piezas dobles» es la que vemos reaparecer, considerablemente cambiada, en los llamados «jarros patos» del área diaguaita chilena. En estas piezas no se reproduce la «figura doble», sino la de una única figura antropo o zoomorfa, en el extremo de un cuerpo globular y en el otro un cuello cilíndrico, pero de altura mucho menor que ella, que encontramos en nuestras piezas de Condorhuasi. Por otra parte, en estas piezas chilenas priman los diámetros transversos, por oposición a la Condorhuasi, en que priman los verticales. Tenemos la impresión de que los «jarros patos» son una adaptación utilitaria y más reciente de las «figuras dobles» de Condorhuasi. Una variación importante de las «figuras dobles» en que apenas se reconoce el modelo original es aquélla en que uno de los extremos está transformado en un largo cuello cilíndrico, y el otro, o bien representa la parte posterior de una figura zoomorfa, como la pieza chilena de El Molle, o bien está transformado en una simple abertura, como ocurre con muchas de las piezas de La Isla, ilustrada por Debenedetti⁴⁸, que nosotros creemos lejanamente relacionadas con la cultura Condorhuasi, relaciones que se habrían establecido a través de los yacimientos de la zona de Laguna Blanca, donde la cultura Condorhuasi habría persistido más tardíamente que en los sitios de Hualfin.

La segunda forma característica es la que ilustramos en la lám. VII, 2, llamada de «cuerpo cónico» que aparece también en otros tipos de alfarería, siempre en los atribuidos a la cultura Condorhuasi, tal como el C —Rojo sobre Ante— ilustrado en la lám. VIII, 2. También aparece esta forma en el tipo Condorhuasi clásico en variantes del mismo como en

⁴⁷ CORNELY, 1944, p. 28; 1945, p. 32, figs. 21, 22.

⁴⁸ DEBENEDETTI, 1910, figs. 140, 141, 139 y p. 193, figs. 142, 143.

la pieza de la lám. VIII, 1, de la colección Ruysch procedente de La Toma. Estas piezas parecen el resultado de una estilización extrema de figuras zoomorfas u ornitomorfas. El cuerpo es siempre de forma cónica, llevando dos pequeños muñones, a manera de pies, en la parte más ensanchada. En esta misma zona va dibujada una cara en relieve, cuyos ojos son aplicados en relieve casi siempre, lo mismo que la boca o pico. En un caso (Pieza N.º 25, colec. Cura), este pico es sumamente achatado en el sentido transversal, pero de gran desarrollo en el vertical, lo que le da una fisonomía sumamente extraña, difícil de comparar con imágenes conocidas. La apariencia ornitomorfa de estos especímenes se halla en parte desvirtuada por los apéndices auriculares, más o menos grandes, que llevan modelados en relieve. Otra característica inconfundible de estos ejemplares la constituye un larguísimo cuello tubular que sale de la parte superior de la cabeza, dándoles un extraño aspecto de floreros. Es indudable que estas piezas debieron tener un uso práctico muy relativo. Es casi seguro que, al igual que en la cerámica peruana más elaborada, estuvieron estos ejemplares especialmente dedicados al ritual fúnebre. Lo certificaría el hecho de que no hayamos encontrado restos de los mismos en los basureros examinados, cosa que ocurre también con las distintas culturas del Perú, en que la cerámica funeraria no se halla sino en porcentaje mínimo en los sitios de vivienda⁴⁹. Dentro del mismo tipo incluimos la pieza reproducida en la lám. VII, 3 y 3' procedente de Condorhuasi, que lleva el N.º 103 (bis) de la colección Cura. Se trata de una figura humana con el rostro en relieve, de barbilla y nariz prominente, como sucede en otras representaciones análogas, en que se superpone a una cabeza zoomorfa, provista de orejas muy salientes y de enormes colmillos. Sobre la cabeza antropomorfa existe el clásico cuello tubular que hemos visto en otras piezas de la serie. El conjunto de esta pieza mantiene un color aproximadamente ante natural, con manchas negras irregulares, en zonas con mala oxidación, sin pintura de ninguna clase. El espesor de la pieza es de 3 a 4 mm. Mide 19 cm. de alto máximo y 16 de largo. La pasta, homogénea, lleva muchas pajuelas de mica. La superficie está bien alisada en este caso.

f) CONDORHUASI BLANCO SOBRE ROJO. Integran este grupo 5 piezas del cementerio N.º 14, de orillas del Hualfin, excavadas por las expediciones Muniz Barreto. Otra serie procede de cementerios de La Agua-

⁴⁹ FORD, 1949, p. 32.

da. También se incluye aquí la pieza N.º 2629, de las colecciones del Museo Calchaquí.

Pasta: la misma que se observa en el tipo Rojo sobre Ante.

Dureza: 3 a 3,5.

Color: en la superficie interna presenta color marrón pajizo o ante, alternando con manchas oscuras de zonas no oxidadas.

Superficie: la externa es totalmente roja. El tono es variable, por desigualdades en su aplicación. Varía en los diversos especímenes y aún en un mismo ejemplar. Este color se debe a una capa de pintura roja. Es lisa y pulida o bien bruñida.

Forma: la más corriente en este tipo es la globular con cuello cilíndrico. Algunas de estas piezas llevan una «pars intermedia».

Fondo: convexo.

Medidas: varían entre 15 y 25 cm. de alto; el espesor es de 4 mm. término medio. No existen apéndices o se trata de mamelones pequeños sobreagregados. Las asas pueden ser semianillos verticales. Una pieza de este tipo corresponde a las figuras zoomorfas de cuerpo cónico, pero este ejemplar carece de los aditamentos que, en tales piezas, indican la cabeza. Termina simplemente en un cuello cilíndrico, como las dos piezas de la cultura de El Molle, ilustrada por Cornely⁵⁰.

Decoración: líneas blancas, pintadas en series paralelas, que terminan sobre el borde del cuello, también formando ángulos o triángulos llenos, En uno de los vasos de la colección Barreto existen motivos aislados en forma de X en el cuello. Los vasos globulares recuerdan en algo la forma de algunos especímenes de la costa peruana del llamado horizonte Blanco sobre Rojo.

g) CONDORHUASI ROJO SOBRE ANTE. Algunas piezas de este tipo son las siguientes: N.º 240 (16) de la colección Lafone (lám. VIII, 2); 12594, de la orilla Norte del río La Aguada, Belén, colección Barreto; 12572 de la misma procedencia y colección; además, la N.º 46, 6, de Museo de Arqueología de la Universidad de Córdoba, adquirida en la localidad de La Puerta, por lo que hoy se supone que proviene del área de Condorhuasi; la N.º 25 de la colección Cura, procedente de Condorhuasi.

Pasta: de textura homogénea, bien unida, de fractura neta.

Antiplástico: no parece existir antiplástico especial. En la pasta y en la superficie se advierten pajuelas de mica, que debió estar contenida en la arcilla utilizada.

⁵⁰ CORNELY, 1945, p. 32.

Manufactura: como toda la serie cerámica que aquí se describe, el método usado en la fabricación debió ser el de rodetes en espiral, pero es muy difícil encontrar las huellas de este procedimiento en vasos, provistos por lo general de cuellos muy estrechos, que impiden examinar bien el interior.

Dureza: de 3 a 3,5.

Color: la superficie natural externa es de color que va del rojizo marrón al ante bien definido. Sobre esta superficie alternan manchas negras, en sitios de mala oxigenación. La superficie interna es parecida a la externa.

Cocción: en atmósfera oxidante.

Superficie: externa alisada o pulida, con apariencia de pseudoenlucido en algunos casos. La interna está simplemente alisada.

Forma: muy variada. Existen las figuras zoomorfas de cuello cilíndrico y cuerpo cónico, que describimos anteriormente, por ejemplo, la de la lám. VIII, 2. Otra forma son los vasos en anillos con aditamentos en relieve y cuello cilíndrico y cónico, como en el caso del ilustrado en la lám. IX, 1. También incluimos, aunque con ciertas dudas, pues presenta un fondo ennegrecido, una figura antropomorfa femenina (lám. IX, 2), semejante en su concepción general a la N.º 452 de la misma colección. Otra forma común en este tipo es la de vasos globulares de fondo convexo, provistos de cuellos cilíndricos.

Apéndices: pueden existir asas, sobre todo en los vasos globulares. Son de tipo semicircular, colocado verticalmente.

Medida: algunas de las figuras zoomorfas de cuerpo cónico alcanzan una altura de 3 cm. por 27 de largo. Los vasos globulares son, por lo general, pequeños, aun cuando algunos llegan hasta los 40 cm. de altura. El espesor de estas piezas oscila entre 3 y 5 mm.

Decoración: el elemento característico está formado por líneas o motivos triangulares de color rojo. En las piezas globulares estas líneas se disponen alrededor del cuello. En los vasos globulares pueden existir caras antropomorfas en relieve, colocadas en la base del cuello, como elemento decorativo superpuesto.

Bibliografía: quizás a este tipo corresponde una figura ilustrada por Rusconi ⁵¹, cuyo único dato de procedencia es que fué hallado en la provincia de Catamarca.

h) CONDORHUASI GRIS GRABADO. Asociada a los otros tipos cerá-

⁵¹ RUSCONI, 1942, fig. 22, N.º 759.

micos se halla, en la cultura Condorhuasi, una cerámica gris o negra grabada, bastante semejante a la que aparece en las facies de la cultura de los Barreales, con la cual se la ha confundido hasta ahora. Sin embargo, el estudio y el análisis cuidadoso de esa cerámica permite distinguirla netamente de aquélla, especialmente por los caracteres decorativos y formales. Aquí no presentaremos sino algunos de los elementos diagnósticos más característicos de este tipo, sin completar, por el momento, su descripción.^{52 bis}

En esta cerámica no aparece nunca la figura denominada dracónica. Se trata en ella de motivos geométricos diversos, aunque bien diferentes de los que caracterizan la facie de La Ciénaga, de la cultura Barreal. Tales motivos son: líneas paralelas, verticales al cuello, rombos formados por líneas paralelas gruesas y rellenos de puntos incisos; rectángulos hechos con la misma técnica y el mismo decorado; series alternas de ángulos rellenos de puntos incisos, formando campos o zonas definidas. Motivos en forma de equis, formados por líneas paralelas y también rellenos con puntos; series de líneas quebradas, alternando con grupos de líneas paralelas incisas. Las formas de estas piezas son muy variables. Una de las más características es un jarro tronco-cónico, con la base menor hacia abajo, de fondo plano y asa vertical en semianillo achatado, otra forma es la de jarritos de cuerpo abultado y cuello cilíndrico, siempre provistos de asa. Un elemento típico es la subdivisión múltiple del cuerpo, mediante profundos canales verticales, que dan a estas piezas el aspecto de frutos. También existen jarritos de aspecto periforme y cuello cilíndrico estrecho. Los fondos de algunas de estas piezas pueden ser cóncavos.

Todas estas piezas están cocidas en atmósfera reducida, es decir, que forman parte de la gran tradición alfarera de cerámica gris y negra que comenzó en la más antigua cultura de los Barreales y perduró hasta períodos relativamente recientes, pero perdiendo gradualmente importancia con respecto al número total de la cerámica de cada época, desde los inicios hasta la cultura Santamariana⁵².

^{52 bis} En la lámina V, figs. 5 y 6 de nuestro trabajo sobre las secuencias cronológicas (REX GONZÁLEZ, 1955) ilustramos algunos especímenes característicos de este tipo de alfarería.

⁵² Asociadas a la cultura Santamariana existen en escaso porcentaje algunos tipos de cerámica de la vieja tradición alfarera negra o gris, similar a algunos tipos Barreales y que como aquéllos están cocidos en atmósfera reductora. Los especímenes de estos tipos de los últimos períodos se distinguen fácilmente de los correspondientes a los períodos anteriores, de los que no son sino un tardío resabio. La descrip-

B) OTROS ELEMENTOS DEL PATRIMONIO.

a) *Funebria*: en la lám. IX, 3 y 4, reproducimos la planta de dos sepulcros pertenecientes a la cultura Condorhuasi. Corresponden a una serie de seis análogos, excavados en la orilla del norte del río La Aguada, en el vallecito del mismo nombre, dentro del gran valle del Hualfin. La Aguada es el centro arqueológico de la cultura de los Barreales que sirve, precisamente, para caracterizar una facie de la misma, aquéllas que emplea en sus motivos decorativos la figura denominada draconiana.

La lám. IX, 3 corresponde al sepulcro N.º 146 de los cementerios de la orilla norte del río La Aguada, según las anotaciones de la página 4 de la libreta de campaña de la XI y última expedición arqueológica de Benjamín Muniz Barreto, dirigida por Francisco Wolters. Corresponde a la tumba de un adulto y el ajuar se compone de un objeto de hueso trabajado, un brazaletes de metal y piezas de alfarería del tipo Condorhuasi clásico. Este sepulcro se hallaba a 1.80 m. de profundidad.

La lám. IX, 4 corresponde al sepulcro N.º 149 de la página 6, de la misma libreta de expedición. Es la sepultura de un adulto, a 2 m. de profundidad. Contiene varios morteros o platos de piedra, una pipa de piedra, algunas cuentas de malaquita y varias piezas de alfarería. Como el sepulcro anterior, es un pozo cilíndrico, excavado directamente en el suelo. Es de notar que estas dos sepulturas, como las otras de tipo Condorhuasi, se hallaron muy próximas a otras de la cultura Barreal. Sin embargo, el examen de los ajuares fúnebres revela diferencias fundamentales en el contenido.

Aparte de estas tumbas aquí ilustradas, existen tumbas análogas con entierros múltiples. Otras características, dentro de este rubro son: el uso limitado de entierros de párvulos en urnas, sacrificio ritual de camélidos y cerámica funeraria especial, poco frecuente o desconocida en los basureros. Las diferencias en los ajuares fúnebres de las distintas tumbas sugieren importantes diferencias sociales. Por último, y con carácter provisional, podemos incluir las tumbas excavadas directamente, pero provistas de cámara lateral.

En varias sepulturas se hallaron ofrendas rituales de ceramios antropomorfos, figura de un hombre y mujer, asociados a parejas de animales (felino). En una tumba de la cultura Barreal, facie La Ciénaga, también se halló una pareja de figuras animales, pero trabajadas en piedra.

ción de uno de tales tipos aparecerá en el trabajo de tesis que, bajo nuestra dirección, efectuó el alumno Mario Cigliano en el valle del Cajón.

b) *Objetos de piedra*. En las tumbas han aparecido grandes pipas, trabajadas en rocas no muy duras, especialmente en saponita (lám. X). Son de forma acodada y de gran tamaño. El uso de tembetá, simple o doble, en la cultura Condorhuasi, está comprobado mediante las piezas antropomorfas de cerámica que llevan estos adornos y por un ejemplar trabajado en malaquita, hallado en una tumba de Laguna Blanca. La técnica lítica de esta cultura estuvo muy desarrollada; existen morteros con figuras antropo o zoomorfas esculpidas, también hachas zoomorfas. Las hachas de piedra más comunes son del tipo de cuello completo. Otro elemento al parecer característico, es el uso de grandes recipientes playos, de forma rectangular u oval semejantes a fuentes trabajados en piedras duras.

c) *Objetos de metal*. Brazaletes, pinzas, campanillas y algunas otras piezas posiblemente de cobre. En la zona de Laguna Blanca existen algunas plaquitas de plata que quizás pertenezcan a esta cultura.

d) *Construcciones*. Las habitaciones debieron ser de material perecible. No sería muy difícil que se haya usado la casa-pozo. Los vestigios superficiales de grandes casas-pozo en el área de Condorhuasi son abundantes, pero las casas excavadas por nosotros no corresponden a esta cultura ⁵³.

e) *Armas*. Es muy probable que desconocieran el uso del arco y la flecha y usaran únicamente el propulsor. En muchas tumbas aparecieron, repetidas veces, puntas de obsidiana con pedúnculo y aletas apenas esbozados o bien sin aletas. Como hemos encontrado esta misma clase de implementos en los basureros, no dudamos que pertenecen a esta cultura. Estas puntas pedunculadas se distinguen perfectamente de otras de la misma especie que aparecen en la misma área y se asemejan a las formas patagónicas, que quizá corresponden a un complejo precerámico no identificado aún.

f) *Economía*. Vida agrícola y pastoril. El uso de la llama está atestiguado, no sólo por la presencia de restos óseos, sino por representaciones plásticas abundantes. La presencia de huesos de camélidos, probablemente llamas, en algunas sepulturas y la abundancia de la representación cerámica de las mismas sugieren un papel importante de estos animales en la economía y en el ritual de esta cultura. Los abundantes basureros indican una población relativamente densa.

⁵³ REX GONZÁLEZ, 1953.

V. POSIBLES SUBDIVISIONES.

Es indudable que la cultura Condorhuasi aunque no haya tenido tanta duración como la cultura Barreal, debió existir durante un período de tiempo bastante considerable. Es muy probable entonces, que en el futuro, estemos en condiciones de determinar las facies que marcan los diversos períodos cronológicos de la misma.

Con carácter puramente provisional, indicamos algunos elementos que podrían justificar una subdivisión:

Facies A: Es probable que en la facie más antigua no se conociera el tipo de alfarería del Condorhuasi clásico de Serrano, llamado Condorhuasi policromo por Bennett. Así inducen a pensar los hallazgos realizados en el cementerio N.º 14, de orillas del Hualfin, explorado por las expediciones Barreto. La alfarería característica es la de vasos globulares o subglobulares, pintados de blanco (Condorhuasi Blanco sobre Rojo) y vasos sumamente parecidos a la alfarería gris o negra de la facie La Ciénaga, de la cultura Barreal. Es probable que en este período no hubieran llegado aún influencias de la cultura de La Candelaria.

Facies B: En esta facie habrían aparecido nuevos tipos de alfarería, algunos de ellos con caracteres plásticos muy particulares. Es aquí donde aparecen las extrañas formas con apéndices o divertículos globulosos provistos de salientes múltiples en el cuerpo de los ceramios, elementos todos que apuntan relaciones con la cultura de La Candelaria. Hasta el presente no se ha individualizado esta facie en sitio aparte y su separación obedece únicamente al criterio tipológico, por lo que su confirmación necesita mayor número de pruebas. En esta facie habrían aparecido los tipos cerámicos policromos, como el Condorhuasi Clásico y el Tricolor, ya descritos.

VI. CRONOLOGÍA.

No es posible estudiar los restos arqueológicos de una cultura cualquiera sin encarar el problema de su ubicación temporal. Desgraciadamente, la cuestión de la cronología absoluta o aún relativa de las diferentes culturas que habitaron el N. O. argentino es la más olvidada de nuestra arqueología. En ninguna forma podemos encarar los problemas cronológicos de una cultura aislada. Siempre será necesario conocer el patrimonio de las culturas que la precedieron y de las que la sucedieron en el tiempo, pero tratar aquí, en conjunto, el complicado pro-

blema cronológico del N. O. nos llevaría muy fuera de los límites que le hemos fijado a este artículo. El asunto de la cronología requeriría un extenso examen de los argumentos aducidos y, sobre todo una extensa exposición de los hechos y observaciones efectuados en el terreno, por lo que sólo expondremos el problema en sus lineamientos generales, al mismo tiempo que adelantamos algunas sugerencias preliminares de los esquemas en los que trabajamos actualmente.

El primero que intentó establecer una cronología para el N. O. argentino fué, como es bien sabido, Max Uhle, en su conocido trabajo, presentado al Congreso de Americanistas, reunido en Buenos Aires ⁵⁷. En dicho trabajo, el gran arqueólogo alemán, después de hacer algunas consideraciones muy importantes, que tendrían validez aún hoy, sobre la necesidad imprescindible de la cronología para establecer relaciones culturales daba su cuadro cronológico basado en las siguientes premisas de orden metódico:

1. — Asociación de tipos cerámicos locales a objetos de cerámica incaica, de cronología bastante bien definida.

2. — Determinación de los períodos preincaicos locales, mediante los sitios y cementerios libres de aquellas influencias.

3. — Estudio de las afinidades estilísticas conducentes a crear los distintos períodos culturales.

4. — Relación entre los estilos de las culturas locales y los de las secuencias peruanas preincaicas previamente establecidos.

Han de transcurrir muchos años, pese a las interesantes sugerencias contenidas en el trabajo de Uhle, para que el problema de la cronología del N. O. vuelva a ser objeto de interés. Esta vez es Boman quien expone sus ideas y argumentos contrarios a la hipótesis cronológica de Uhle ⁵⁸.

Boman, que parecía inclinado a aceptar las secuencias culturales entrevistas por Debenedetti en la quebrada de Humahuaca ⁵⁹, rechaza de plano la sucesión cultural que propone Uhle. Sus argumentos y la metodología con que encara el problema, pueden resumirse brevemente de la manera siguiente:

1. — Las vinculaciones que establece Uhle entre las culturas del N. O. y las peruanas están basadas en la comparación de elementos de carácter demasiado general para que puedan tener validez.

⁵⁷ UHLE, 1912.

⁵⁸ BOMAN, 1923.

⁵⁹ BOMAN, 1923, p. 4.

2. — Cree que el problema cronológico debe resolverse con la labor en el terreno. Con respecto a este último punto, aporta el resultado de sus propias investigaciones, las que lo llevan a la conclusión fundamental de que la alfarería (estilo) draconiana o Barreal es contemporánea con el Santamariano, y que esta última persistió hasta la conquista. Los argumentos en que basa su hipótesis son, fundamentalmente, los siguientes:

1.º) Hallazgo de fragmentos de alfarería draconiana dentro de urnas del tipo que posteriormente se denominó Sanagasta o Angualasto, que el autor hace contemporáneas con el estilo Santamariano.

2.º) Las urnas habrían sido los vasos funerarios y las piezas draconianas, la vajilla casera ⁶⁰.

3.º) En los sitios donde fueron reducidos los diaguitas históricos, los basureros contienen alfarería draconiana.

4.º) La alfarería draconiana está asociada, en la superficie, en algunos puntos, a tipos de alfarería incaica ⁶¹.

Estos son los argumentos de fondo. No consideramos otros, como por ejemplo el hecho de identificar lo diaguita con el entierro de párvulos de urnas, los que, según Boman, «...son demasiado especiales para que pudiesen haber pertenecido a pueblos y épocas distintas», pues su valor es prácticamente nulo.

En otro trabajo, en colaboración esta vez con Greslebin, Boman resume sus ideas de esta manera: «El *estilo* draconiano es contemporáneo con el santamariano, diferenciándose estos *dos estilos* solamente por su dispersión geográfica y no por ser de épocas distintas. *Los dos estilos han existido durante el último o dos últimos siglos* inmediatamente anteriores a la conquista española y aún han perdurado cierto tiempo después de ella» (subrayado es nuestro) (Boman, 1923 b, p. 50).

Alrededor de las ideas básicas y de los argumentos de Uhle y de Boman pueden agruparse todas las opiniones posteriores. Sin embargo, es necesario recalcar el hecho de que, si bien el problema de la cronología es esencialmente un problema para ser resuelto en el terreno, como acertadamente lo expresara Boman, las observaciones directas en conexión con este asunto fueron mínimas.

Quizá el autor que, con posterioridad a los autores citados, prestó mayor atención al problema cronológico ha sido Serrano. En su traba-

⁶⁰ *ibid.*, p. 25.

⁶¹ *ibid.*, p. 25.

jo de 1936 nos adelanta su pensamiento al respecto, y nos da el siguiente cuadro cronológico ⁶².

- 1.º — Período de salvajismo.
- 2.º — Del desarrollo de las culturas locales.
- 3.º — De la compenetración de las culturas locales y unificación del idioma.
- 4.º — De los incas.

El autor acepta la mayor antigüedad en sus orígenes de la cultura Barreal, basándose en las pruebas de superposición de tumbas, aducidas por Schreiter ⁶³, pero se adhiere a la idea de Boman de la contemporaneidad de esta cultura con la Calchaquí, de acuerdo con los mismos argumentos de éste. Con pocas variantes Serrano repite posteriormente estas ideas ⁶⁴. Sin embargo, recientemente, en un trabajo presentado al Congreso de Americanistas de New York ⁶⁵ introduce algunas modificaciones importantes a sus cuadros anteriores. Si bien se trata de un corto trabajo de resumen, aparece en forma gráfica, claramente expuesto, su cuadro cronológico. En este cuadro ha desaparecido el Período del Salvajismo para ser reemplazado por un Horizonte Básico, común a todo el N. O., horizonte muy antiguo, de alfarerías sin pintar, que debió, a su vez, ser precedido por un período anterior sin alfarería. Enraizados en el Horizonte Básico, y por influencias diversas, que llegan desde fuera, se desarrollan las distintas culturas (estilos): Condorhuasi, Candelaria, Cajón, Barreal, etc., las que se desarrollan paralela y sincrónicamente, sin excepción, hasta la época de la conquista incaica ⁶⁶. Como no se trata de un trabajo específico sobre cronología, el autor no nos da los argumentos básicos de su tabla; sin embargo, un breve sumario de esas ideas estaba ya expuesto en el comentario de Serrano al libro de Bennett ⁶⁷, en el que luego de reafirmar la persistencia de la cultura Ba-

⁶² SERRANO, 1936, p. 89.

⁶³ SCHREITER, 1936.

⁶⁴ SERRANO, 1938, p. 162; 1947, p. 52 y sig.

⁶⁵ SERRANO, 1952, p. 324.

⁶⁶ SERRANO, 1952, fig. 1.

⁶⁷ Publicado en la *Revista de la Universidad de Córdoba*, 30 (5); 1948. En otro trabajo, aparecido después de estar escrita esta monografía, Serrano proporciona los argumentos esenciales de la evolución de los motivos decorativos en que se basa su cuadro cronológico (ANTONIO SERRANO, *Consideraciones sobre el arte y la cronolo-*

rreal hasta la época incaica, basado en algunos hallazgos inéditos, realizados en Animaná, y en algunas referencias históricas, el autor nos dice, al referirse al criterio de Bennett, que cada cultura principal del N. O. representa un período distinto de tiempo, «...este criterio no parece responder a la realidad. Cada cultura se desarrolla independientemente y se expande interfiriéndose y complementándose con otras vecinas. Los diagramas de disposición horizontal no podrían explicar nunca el fenómeno cultural de nuestro noroeste y habría que idear diagramas de curvas ascendentes».

Dentro de la misma línea de ideas, se orientan otros autores; así por ejemplo Márquez Miranda ilustra como diaguitas los elementos arqueológicos de las distintas culturas excavadas dentro del área de los diaguitas históricos, inclusive la alfarería Barreal y Condorhuasi ⁶⁸.

El sincronismo de las culturas Barreal y Belén se afirma en una reciente publicación del P. Dreidemie, basándose en la mezcla superficial de fragmentos de uno y otro tipo, que ocurre en los sitios donde efectuó extensas excavaciones en el Valle de Abaucan ⁶⁹.

Por otro lado, entre los que comparten, en forma general, la hipótesis del diacronismo de las culturas del N. O. hay que mencionar a Debenedetti, quien, si bien expresó sus ideas cronológicas en un trabajo de índole general especulativa ⁷⁰, exteriorizó en otras oportunidades su opinión de que la cultura Belén-Angualasto y Barreal significaban distintos períodos de tiempo, siendo esta última anterior a aquéllas ⁷¹.

Las observaciones de Debenedetti en el área Humahuaca evidencian una preocupación constante por el problema cronológico, tal cual se le presentaba en el terreno ⁷².

Casanova hizo suyas las ideas del maestro y cree en el diacronismo de las principales culturas del área diaguita. Sus argumentos derivan de las observaciones efectuadas en el terreno, tales como el estado de los esqueletos hallados en las tumbas de una y otra cultura, en la falta de elementos hispánicos y en la comparación de elementos de orden general «entre la decoración de la alfarería gris rojiza y los estilos de Naz-

gita en la región diaguita, Publicaciones del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, N.º 1. Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1953).

⁶⁸ MÁRQUEZ MIRANDA, 1946.

⁶⁹ DREIDEMIE, 1951.

⁷⁰ DEBENEDETTI, 1912.

⁷¹ DEBENEDETTI, 1917; 1930, p. 11.

⁷² DEBENEDETTI, 1918, p. 33.

ca y Tiahuanaco». Aun cuando observamos que en el Santamariano aparecen motivos de supervivencia Barreal, supone que entre una y otra época debió existir un período de transición ⁷³. Entre los autores que creen en el diacronismo de las primitivas culturas del área diaguita hay que mencionar, entre los extranjeros, a Tello ⁷⁴, y entre los nacionales, a Canals Frau ⁷⁵. Sin embargo, el mayor aporte con que hasta ahora contamos para el estudio integral de la cronología del N. O. argentino es la obra de Wendell C. Bennett y colaboradores ⁷⁶, de impecable enfoque metódico, la que hemos reseñado oportunamente ⁷⁷, cuyos cuadros, si bien sujetos a posibles variaciones futuras, como lo prevé el autor, son los esquemas que creemos que se aproximan más a la realidad.

Con respecto al enfoque metódico de algunos de los autores pasados en revista, querríamos hacer algunos comentarios. Hoy no es posible intentar una cronología basada en la comparación de caracteres tan generales como pueden ser la presencia de rasgos parecidos en el adorno frontal de una figura estilizada, tales como los usados en determinado momento por Uhle y Debenedetti para establecer correlaciones entre las culturas del N. O. y la Protochimú (Mochica), Tiahuanaco, etc. Correlaciones de este tipo sólo pueden conducir a interminables polémicas, ya que las apreciaciones sobre similitudes y afinidades quedan libradas, en gran parte, al juicio subjetivo. Caso muy distinto es el que nos proporciona el hallazgo de piezas de tipología y valor cronológico definido, en un área de cronología desconocida: la cronología «cruzada» ⁷⁸. Tal cosa ocurre con los materiales incaicos hallados en territorio argentino. Por desgracia no poseemos objetos pertenecientes a otras culturas del Perú o Bolivia que tengan idéntico interés cronológico, sobre todo pertenecientes a los estilos que definen «Horizontes» arqueológicos, como los denominó Kroeber ⁷⁹. Un vaso chimú hallado, al parecer, en Tucumán carece de valor probatorio, pues se ignoran los elementos a que estaba asociado, y además por el carácter tardío de esta cultura ⁸⁰. No deja de ser extraño que los únicos objetos foráneos que se

⁷³ CASANOVA, 1930, p. 143.

⁷⁴ TELLO, 1942, lám. 7 frente a la p. 126.

⁷⁵ CANALS FRAU, 1935, p. 886 y sig.

⁷⁶ BENNETT, et al., 1948.

⁷⁷ REX GONZÁLEZ, 1951 a.

⁷⁸ REX GONZÁLEZ, 1951 b.

⁷⁹ KROEBER, 1944, p. 108 y sig.

⁸⁰ RECUPERO, 1949, p. 202. También en la colección de Lafone Quevedo existen piezas del llamado diaguita chileno encontradas en el N. O. argentino, pero se igno-

hayan encontrados en el N. O. sean incaicos, pues las influencias de Tiahuanaco en la costa peruana, por ejemplo, significan distancias no mucho mayores que las que existen hasta nuestro N. O. Con respecto al problema de las asociaciones, hemos comprobado la asociación de ceramios incaicos con piezas de la cultura Belén, en el piso no removido de habitaciones excavadas en las orillas de río Quillay, al N. de La Ciénaga. Por otra parte, dos tumbas de La Aguada, excavadas por Wolters, permitieron comprobar nuevamente esta clase de asociación.

En cuanto al argumento de la asociación en superficie de fragmentos de alfarería de distintos tipos, sabemos que carece totalmente de valor probatorio desde el punto de vista cronológico, aunque debemos mencionar el hecho de que, aun conociendo el valor negativo de esta prueba, no dejó de impresionarnos, en los primeros días de nuestra recorrida por los yacimientos del Hualfin, la extraordinaria asociación de los más diversos tipos de alfarería, en la superficie del terreno. Sólo las observaciones prolongadas y cuidadosas de muchos yacimientos pudieron hacer que descartáramos las conclusiones equivocadas que pudieron haber surgido de esas primeras impresiones. Un hecho que hay que tener en cuenta con respecto a la mezcla de superficies en el N. O., es el de los efectos de la intensísima erosión reciente de la capa superficial del terreno, sobre la que han insistido, en general, arqueólogos y geógrafos. Los efectos de la extraordinaria erosión son muy visibles en las fotografías aéreas de algunos de los sitios, que tuvimos oportunidad de tomar ⁸¹. Un ingenioso método ha permitido calcular la erosión media anual, que oscila entre 1,5 y 2,7 cm. por año en algunos lugares ⁸².

En cuanto a la circunstancia, observada por Boman y usada tantas veces como argumento del sincronismo de la cultura Barreal y Angualasto, del hallazgo en el interior de típicas urnas Sanagastas de fragmentos de alfarería negra draconiana, no tiene mayor valor que el argumento de la asociación de superficie. Si se estudian las condiciones en que fueron halladas las urnas que contenían fragmentos de alfarería draconiana en su interior, se observa que las tapas de dichas urnas estaban fracturadas; por esas fracturas se deslizó una cierta cantidad de tierra que llevó consigo los fragmentos en cuestión. ⁸³.

Y bien es sabido en qué forma abundan en esa región los fragmen-

ran las condiciones del hallazgo y sobre todo la asociación de esas piezas, es decir no nos sirven para este tipo de cronología.

⁸¹ REX GONZÁLEZ, 1952.

⁸² HUECK, 1951.

⁸³ BOMAN, 1927-1932, p. 26, 31, 38.

tos draconianos, tanto que se los encuentra en el mismo cementerio actual de Aimogasta ⁸⁴.

En este momento no es posible seguir manteniendo el sincronismo cultural del N. O. argentino. Esta etapa debiera estar definitivamente superada. El problema radica ahora en la depuración y afinamiento de los cuadros cronológicos. En un trabajo reciente expusimos, en forma provisional, una secuencia del área Central (Rex González, 1955).

No cremos que los cuadros en que exponemos estas series estén compuestos de unidades incommovibles. Sería mucha pretensión de nuestra parte que así fuera, ya que se trata de un problema que ha permanecido en pie cuarenta años y aún en la actualidad muchos arqueólogos de nota sostienen todavía la contemporaneidad o casi contemporaneidad de la mayoría de las culturas, que, sin discriminación califican a menudo como diaguitas. De cualquier manera creemos que nuestra secuencia es un paso adelante en la intrincada cuestión, un esquema que aunque deba en el futuro interpolar nuevos términos o alterar el orden ⁸⁶ es una excelente base para los futuros trabajos.

En el cuadro adjunto damos, esencialmente, nuestros puntos de vista actuales con respecto a la cronología del valle del Hualfín. Secundariamente incluimos las regiones aledañas las que creemos en relación con aquél. También incluimos las zonas de Córdoba y San Luis (Sierras Centrales) puesto que en la actualidad disponemos para esa región de una secuencia cultural, basada en pruebas estratigráficas, como no existe, fuera de Patagonia, en el resto del país.

Observando nuestro cuadro la columna correspondiente al valle del Hualfín, vemos un primer horizonte que corresponde a la cultura precerámica que hace 14 años descubriéramos en Pampa de Olaen, en la provincia de Córdoba, y cuya posición relativa dejáramos establecida en las excavaciones de la gruta de Intihuasi en San Luis ⁸⁷. En el valle del Hualfín hemos encontrado las típicas puntas de proyectil de aquella cultura, pero hasta ahora ignoramos si fué este el nivel arqueológico que precedió inmediatamente a las culturas ceramistas o si entre Ayampitín y las primeras culturas agro-alfareras se interpone alguna otra facie precerámica, como podrían hacerlo sospechar algunos elementos lí-

⁸⁴ BOMAN, 1927-1932. Nota N.º 3 al pie de pág. 16.

⁸⁶ Culturas tan bien estudiadas como son las de Hopewell y Adena, del S. E. de los EE. UU. han cambiado, de un día para otro, según es notorio, sus posiciones cronológicas relativas con la aplicación de los modernos métodos de fechado por el C. 14.

⁸⁷ REX GONZÁLEZ, 1952.

ticos que esporádicamente aparecen en la zona. En el valle Calchaquí el tipo de Ayampitín está representado por el yacimiento de Yape, cerca de San José, en el que Methfessel coleccionara cuantiosos materiales a fines del siglo pasado. Las puntas de proyectil de Yape son de tipología algo distinta a las clásicas Ayampitín y no hay duda que en el futuro necesitaremos nuevas subdivisiones para esta cultura, pero por el momento dejamos el cuadro con esta denominación.

En La Rioja las puntas de Ayampitín aparecen en el yacimiento descrito por Boman hace ya muchos años, pasando inadvertido hasta ahora, el que con los nuevos hallazgos vuelve a cobrar actualidad ⁸⁸. En Córdoba la cultura Ayampitín va precedida por los hallazgos hechos en la gruta de Candonga, publicados por Castellanos (Castellanos 1943), y comentados luego por Bryan favorablemente. En cuanto a San Luis contamos con el excelente hallazgo de Intihuasi donde Ayampitín precede al Ongamirense en forma harto definida. El Ongamirense corresponde a un hallazgo hecho en 1940, por el ingeniero Montes y el autor en sus excavaciones del abrigo de Ongamira (Rex González 1953 b) y luego subdividido en las nuevas excavaciones de 1950 hechas con el Dr. Menghin. Como puede verse en el cuadro el período precerámico en Córdoba es de mayor duración que en el N. O. La ubicación exacta es bastante difícil. Por el momento, colocamos en contemporaneidad el período Comechingón, o sea la aparición de los pueblos históricos en Córdoba, con el Sanagasta y el Belén I por el hecho de que en el Belén I aparecen casas-pozo que luego constituyen uno de los elementos típicos de la cultura protohistórica de las sierras cordobesas. Es muy probable que la aparición de las mismas en Córdoba sea algo más tardía que en el N. O. Pero por el momento carecemos de elementos de juicio para una correlación más completa. En el cuadro correspondiente y en época más reciente colocamos el grupo Sanavirón, el que hemos creído identificar con determinados elementos culturales hallados en Córdoba. Por último el período colonial, en esta zona estaría representado por la cerámica que en su oportunidad bautizáramos con el nombre de Olaen Monocroma (1949, p. 482). Volviendo a la columna correspondiente al valle del Hualfín tenemos que inmediatamente después del período precerámico —separado por la doble línea— aparece en pleno desarrollo la importantísima facie de La Aguada, parte de lo que hasta aho-

⁸⁸ BOMAN, 1920. La premura con que, por causas personales tuvimos que redactar nuestro trabajo publicado en *Runa* (REX GONZÁLEZ, 1953 b) nos impidió incluir éste, para nosotros importantísimo artículo.

ra se dió en llamar cultura de los Barreales y cuyos elementos patrimoniales ya hemos enumerado. (Rex González, 1955). Todos los autores incluso Bennett (1948, p. 117) habían dado a la cultura de los Barreales como una unidad bastante definida. El único que trató de subdividirla en sus distintas etapas ha sido Ibarra Grasso (1949), aunque sin llegar a concretar cuadros patrimoniales amplios. A la facie de La Aguada sigue la que hemos denominado La Ciénaga cuyos elementos esenciales también hemos dado.

Entre el período de La Aguada y el de La Ciénaga, tal como los hemos ya definido, se interpone un período de Transición. No hemos podido establecer los elementos culturales característicos o contextos absolutamente definidos, pero esta facie de transición que podemos llamar Ciénaga I, resulta clara al comparar los elementos cerámicos y, sobre todo, el cambio experimentado en algunos de los motivos decorativos de los ceramios. Serían típicas de esta etapa las figuras degeneradas del motivo «draconiano» en franca desintegración y transformación hacia los motivos puramente geométricos que caracterizan el Ciénaga II. Sólo la contemplación de cuadros con numerosos ejemplos puede ilustrar en forma clara sobre el elemento diagnóstico de este período. La elaboración de tales cuadros de motivos se basa, primordialmente, en la ubicación que le corresponde a las piezas en el proceso de seriación de las tumbas donde fueron halladas. En cuanto a la correlación de estas dos facies con los valles aledaños resulta en algunos casos muy claro. En La Rioja en numerosos sitios aparece el equivalente a La Aguada. Hallazgos de esta época se han hecho en Talancan, Bañados del Pantano, San Blas, etc. (Boman, 1927-1932). En el valle Calchaquí algunos hallazgos esporádicos certificarían la existencia del mismo período. Pero hasta ahora no se ha descrito ningún sitio típico, quizá por el hecho de que lo más reciente cubre por completo los restos de la época más antigua y toda la atención se ha prestado únicamente a lo encontrable más fácilmente y a los restos de mayor amplitud y apariencia como son los de la época Santamariana y afines. El período de La Ciénaga parece estar representado en Pampa Grande, que aunque algo fuera de los límites de los valles calchaquíes incluimos dentro de ese cuadro (Ambrosetti, 1906).

Sigue ahora el problema más difícil y para el que hemos esbozado especialmente este esquema de cronología: la ubicación que dentro de él corresponde a la cultura Condorhuasi. Por desgracia hasta ahora, si bien hemos podido establecer el contexto característico de Condorhuasi en el valle del Hualfín, los elementos de juicio son más pobres que los

que poseímos para las culturas que hemos pasado en revista. En efecto, si para La Aguada y La Ciénaga disponíamos de los patrimonios completos de muchos centenares de tumbas, y del estudio de numerosísimos sitios, para la cultura Condorhuasi los elementos de juicio son, proporcionalmente menores y su ubicación exacta es objeto de dudas. Por el momento y faltando pruebas estratigráficas absolutas, basándonos en afinidades tipológicas y asociaciones de materiales creemos que es posterior a la facie II de La Ciénaga, aunque no debe descartarse por completo un comienzo algo anterior y quizá en algún momento paralelo a aquélla en algún lugar geográfico apartado de este área. Por otra parte guarda algunas relaciones con la facie de La Aguada. Por ejemplo en la escasez comprobada hasta ahora, de entierros de párvulos en urnas y en la gran frecuencia que ocurre en sus motivos decorativos, la figura felínica, sugiriendo que juega un papel importantísimo en el culto y en el ceremonial.

El centro típico de la cultura Condorhuasi debió estar ubicado en un sitio hasta ahora desconocido. Desde allí debieron partir influencias hacia distintos lugares del N. O. Estas influencias quizás comenzaran al final de la facie de La Aguada y se hicieran más manifiestas durante la de La Ciénaga.

Más fácil es la ubicación de los períodos subsiguientes. El Belén I estaría caracterizado por la cerámica de tipo Belén, pero carece de arquitectura de paredes de piedra. Las viviendas de esta época son grandes casas-pozo como las que descubrimos en la zona Condorhuasi en nuestras excavaciones de 1952. Tampoco habrían existido en esta época los andenes y grandes obras de irrigación características de los períodos que siguen. Algunos hallazgos en los pisos de las habitaciones excavadas sugieren algunas influencias Sanagastas, venidas quizá desde La Rioja. El Belén II está caracterizado por habitaciones de paredes de piedra pero sin formar verdaderos pueblos. No hay en este período influencia incaica. El sitio típico son las ruinas del Cerrito Colorado, frente a La Ciénaga, también excavadas en nuestras investigaciones de 1952. En cuanto al Belén III se caracteriza por las influencias incaicas: numerosos aríbalos o formas aribaloides, ollas con el típico pie y asa recurvada, etc. Nosotros poseemos los patrimonios de dos tumbas halladas en La Aguada en que se asocian elementos incaicos o de influencias incaicas a urnas Belén. Lo mismo ocurre en otras tres tumbas de Palo Blanco. Pero hay que hacer notar que esta cerámica Belén, es distinta o se distingue fácilmente de la que hasta ahora lleva ese nombre, aunque se advierte de inmediato el estrecho parentesco. Aparte de este tipo de alfarería

hemos hallado también cerámica Belén clásica asociada a aríbalos en el piso de una gran habitación de planta circular excavada en las ruinas de Quillay al N. de La Ciénaga. Varios autores se disputan haber descubierto la contemporaneidad de la cultura Belén con la conquista hispánica. Yo creo que el problema actual radica más bien en encarar la subdivisión de los períodos Belén con descripciones completas y adecuadas de sus distintas etapas.

| VALLE CALCHAQUÍ | VALLE DEL HUALFÍN | LA RIOJA SAN JUAN | SIERRAS CENTRALES |
|---------------------------|-------------------------|----------------------|-------------------|
| <i>Colonial</i> | <i>Colonial</i> | <i>Colonial</i> | <i>Colonial</i> |
| Hispano Indígena | Hispano Indígena | | |
| Paya - Inca | Belén III (Inca) | | Sana Viron |
| Santa María | Belén II | ↔ Sanagasta | |
| San José (?) | Belén I | ↔ ↔ | |
| Pampa Grande (Ciénaga) | Condorhuasi | | Comechingón |
| | Ciénaga II Ciénaga I | Ciénaga | |
| (?) | Aguada | Aguada | Ongamira I |
| ↑ Yape | ↑ Ayampitín | ↑ Totoral | Ongamira II |
| (Ayampitín) | | (Ayampitín) | Ongamira III |
| | | | Ayampitín |
| | | | Candongga |

Va a ser más difícil justipreciar la ubicación exacta y el valor de las influencias de la cultura Sanagasta en el área del Hualfín. Bennett la coloca en períodos muy tardíos pero parece ser que su influencia en el valle comenzó ya en el Belén I. Las tumbas que contienen un tipo de urnas semejantes al Sanagasta se encuentra en el Hualfín, hasta ahora, formando grupos aislados de otras culturas. No hemos podido localizar tumbas de adultos correspondientes a este período. Las urnas que creemos se corresponden a las Sanagastas de La Rioja y San Juan semejan

en algunos casos, a las de tipo San José, aunque se distinguen de aquéllas por la pasta y algunos motivos decorativos. Creemos que las piezas encontradas son intrusivas en esta zona, procediendo de su área típica más al sur. Estas influencias debieron ser muy marcadas, tanto que habrían trascendido el valle del Hualfín para llegar hasta Santa María. Por último incluimos con posterioridad al período de influencia incaica, y anterior al colonial, los aproximadamente 100 años que costó la reducción definitiva de los indígenas, época que éstos permanecieron con independencia casi completa es decir, hasta la caída de Chelemin, ocurrida precisamente dentro del valle que estudiamos. Este período que conocemos por las fuentes históricas debe separarse del típicamente colonial, proponemos llamarlo Hispano-Indígena pues ya se operaba en él, según consta en la documentación de la época, un intenso proceso de aculturación.

Es interesante un análisis de conjunto de los elementos patrimoniales de los distintos contextos que hemos esbozado ya que ponen en evidencia similitudes que servirán, una vez elaboradas y plenamente comprobadas, para la subdivisión, períodos o etapas más amplias. Así La Aguada, La Ciénaga y Condorhuasi tienen algunos elementos comunes en la alfarería. En todos ellos predominan los tipos cerámicos cocidos a atmósfera reductora. Quizá este carácter puede ser englobado dentro de lo que los autores americanos califican de tradición alfarera (pottery tradition). En los períodos posteriores, si bien no son desconocidos los especímenes o tipos cerámicos de este carácter, su proporción es infinitamente menor por haber sido suplantados casi en su totalidad por alfarería cocida a atmósfera oxidante (Ver nota de página ⁵⁹). También comparten los grupos antes nombrados otros elementos como quizá el uso de la tiradera, por oposición al arco que aparecería, según dijimos, en períodos posteriores. Otro elemento común, por lo menos a dos de esos períodos es el hacha de piedra de cuello y las hachas de metal delgadas con aletas pequeñas, por oposición a las hachas de metal provistas de tubo hueco para el mango, típicas de períodos más tardíos.

No hay duda que enfocado así el estudio de estas culturas, el programa esencial será la formación de los contextos hasta sus mínimos detalles. Contextos que se formarán a medida que progresen los estudios metódicos de campaña con la técnica a la que nos hemos referido de paso. Algunos elementos ya insinúan su ubicación dentro de las asociaciones, se llamen estas culturas, facies o etapas. Por ejemplo, creemos poder ubicar ya algunos tipos de las figuras antropomorfas del N. O. dentro de los contextos respectivos. Estos interesantes elementos han

sido tratados hasta ahora de la más diversa manera, clasificándolos de acuerdo a variados conceptos, poco menos que arbitrarios, a menudo para servir a lejanas y esotéricas vinculaciones que no sabemos de dónde vienen ni a dónde van. En ningún caso se trató de clasificarlos de acuerdo a los contextos respectivos, buscar a qué elementos iban asociados. La técnica era agruparlos en montón y ver las diferencias morfológicas de acuerdo a principios clasificatorios establecidos por el clasificador. El factor histórico y cultural, paradójicamente, poco o nada interesaban. Este es un solo ejemplo, que hemos escogido pues nos toca de cerca, ya que caímos en el error común, en una época que nuestros enfoques en arqueología eran muy distintos a los actuales.

Otra consecuencia esencial del cambio del punto de vista será el relegar la interpretación mediante los textos históricos al papel que estrictamente le corresponda. Ya nos hemos referido al crónico mal de interpretar a todo trance el documento arqueológico por la documentación histórica, olvidando que ésta sólo puede iluminar en un reducidísimo período de la larga historia cultural del N. O. o cualquier otra región. Específicamente, en nuestro caso, las dos últimas subdivisiones del largo cuadro. Todo lo demás debe interpretarse y estudiarse con los argumentos y la metodología exclusivamente arqueológica o de las ciencias auxiliares de la arqueología. El error radicaba en dar al gran conjunto de elementos arqueológicos sin discriminación, el nombre de diaguita, y arrojarlo en una inmensa mezcla informe de cosas, de distintas épocas, y luego interpretar a los diaguitas, su vestido, peinado, costumbres, con piezas y materiales de pueblos que eran para los diaguitas históricos tan «arqueológicos» como lo son éstos para nosotros mismos.

Por fortuna la nueva generación de arqueólogos que se está formando tiene ya clara conciencia del cometido que le espera. Se trata ya no sólo de dar validez histórica a las etapas de desarrollo cultural, sino que si pretendemos mantener nuestra arqueología al ritmo que sigue en los demás países de América debemos pensar en un programa de proyecciones más amplias, el que contemple clasificaciones de índole más vasta, es decir, no solamente la formación de los contextos culturales y su evolución temporal, sino también en un plano de abstracción más elevado, pero siempre sobre bases inductivas estrictas, la agrupación y estudio de los grupos socio-políticos y el cambio temporal de éstos.

VII. CORRELACIONES.

No habiéndose determinado aún con precisión la ubicación de la cultura Condorhuasi en el tiempo, la única posibilidad de correlación

con otras culturas y otras áreas arqueológicas debe hacerse mediante comparaciones meramente tipológicas o de similitudes del conjunto de su patrimonio. Este método, cuyas debilidades hemos señalado ya, adolece también de la falla que, en el supuesto de que las afinidades tipológicas sean exactas, que no siempre lo son, queda por averiguar de dónde a dónde se ejercieron las influencias.

Ya hemos mencionado la primera idea de Serrano, de vincular el «estilo» Condorhuasi a la alfarería de Humahuaca y a la atacameña, integrando ambos el ciclo de los estilos tihuanacoides, en el sentido de Kroeber ⁸⁹. Posteriormente, prácticamente asimiló la cerámica Condorhuasi, tipo Condorhuasi clásico, al «cuarto estilo» de la arqueóloga Grete Mostny, haciendo algunas diferencias e indicando que la cerámica típica de Condorhuasi y la más típica del «cuarto estilo» pueden considerarse como un estilo epigonal, con respecto a Tiahuanaco ⁹⁰.

Creemos que las afinidades que pueden señalarse con el estilo tiahuanaco son de orden general. Por ejemplo las que indicamos al describir los motivos decorativos del estilo Condorhuasi Tricolor, o bien afinidades formales, existente entre piezas del Condorhuasi Clásico y piezas tiahuanacotas. Compárense, por ejemplo, las formas de la pieza de la lámina VI, 1, de Serrano (1944) con la fig. 12 de Casanova (1942). Sin embargo, hasta ahora no se ha encontrado ninguna pieza típica, que sea indiscutiblemente tiahuanaco, que sirva para indicar un sincronismo exacto de ambas culturas.

Ibarra Grasso señala afinidades del estilo Condorhuasi con el Chiquisaca (Yampara) de Bolivia, afinidades que no acepta Serrano ⁹¹.

Creemos que la cultura Condorhuasi presenta afinidades estrechas con la que el colega chileno Cornely ha identificado con el nombre de cultura de El Molle ⁹². Estas correlaciones se establecen mediante afinidades específicas de la alfarería y elementos esenciales del patrimonio. Entre los últimos tenemos, en la cultura de El Molle y Condorhuasi:

El uso del tembetá.

Sepulturas directas, en hoyos cilíndricos, faltando la cista.

Uso de pipas de piedra.

Elementos similares de cobre, por ejemplo el brazalete y el anillo

⁸⁹ SERRANO, 1943.

⁹⁰ SERRANO, 1944, p. 7.

⁹¹ IBARRA GRASSO, 1950, p. 20; SERRANO, 1944, nota p. 7.

⁹² CORNELLY, 1945; LATCHAM, 1940; CORNELLY, 1951; IRIBARREN CHARLIN, 1953.

ilustrado por Cornely ⁹³, son la réplica de los hallazgos en sepulturas Condorhuasi.

La alfarería también presenta estrechas afinidades: los vasos tan típicos, del tipo ilustrado por Cornely, en la página 32, podrían haber sido hallados en el valle del Hualfin, lo mismo las piezas ilustradas en la figura de la página 39 y las diversas piezas de cerámica gris o negra, de cuerpo globular y cuello cilíndrico. Es necesario dejar sentado algunas diferencias en el detalle: así, por ejemplo, el tembetá de piedra alargado ⁹⁴, no se halla en la cultura Condorhuasi; en cambio aparece el tipo chato, corto ⁹⁵.

Mayor diferencia tipológica existe entre las grandes pipas de la cultura Condorhuasi y las pequeñas dobles de la de El Molle. Las sepulturas de la primera no están indicadas por círculos de piedra, como en la segunda, pero estos detalles pueden ser modalidades locales. Es probable que el día en que podamos establecer las facies temporales de la cultura Condorhuasi, aumenten las afinidades específicas entre una y otra. Por el momento, es de interés señalar la circunstancia de que en la cronología del área diaguita chilena, establecida por el mismo Cornely ⁹⁶, la cultura de El Molle precede cronológicamente a la cultura con entierros en cistas y provistos de otros elementos cerámicos más ricos, entre ellos el tipo de alfarería policroma del llamado «cuarto estilo».

En el área Condorhuasi habría ocurrido un desarrollo similar. Esta cultura no sólo precede en el tiempo a culturas que introdujeron la sepultura en cistas, sino que, dentro de ella misma, vislumbramos una secuencia en que el estilo policromo del tipo Condorhuasi clásico está precedido por un período de cerámica más pobre, que sería el que presenta las afinidades más estrechas con la cultura de El Molle.

Dentro del territorio de nuestro país, ya hemos indicado afinidades con áreas arqueológicas orientales, especialmente con la cultura de La Candelaria ⁹⁷, como también las indudables relaciones con la cultura de La Isla y Alfarcito, cultura que debió recibir influencias a través de los yacimientos más septentrionales de Condorhuasi, los de la zona de Laguna Blanca.

Si son de extraordinario interés las posibles vinculaciones inmedia-

⁹³ CORNELY, 1944, fig. 12.

⁹⁴ IRIBARREN CHARLIN, 1953, figs. 2, 3, 5, 20, 21.

⁹⁶ CORNELY, 1944, lám. III, N.º 1.

⁹⁵ *ibid.*, pp. 3, 5.

⁹⁷ IBARRA GRASSO, en IMBELLONI, 1951, p. 3.

tas de esta cultura, no son menos apasionantes las afinidades más lejanas que pueden entreverse. Aunque los elementos de juicio que poseemos en estos primeros intentos de reconstruir su contexto y su cronología son magros por demás y no permiten sino vagas inferencias, no podemos dejar de rozar algunos hechos cuya significación plena alcanzaremos algún día más o menos lejano, pero a los que el arqueólogo no puede pasar por alto en homenaje a una prudencia que estrecharía el horizonte de esta ciencia para reducir su cometido al límite de la descripción puramente local de hechos y cosas. Por fortuna la arqueología de toda América avanza día a día a pasos agigantados y sus conclusiones, basadas en hechos estudiados con una técnica cada vez más precisa, permiten hoy una reconstrucción histórica que nos ofrece cuadros cada vez más claros y exactos que sirven como marco de referencia para ubicar los hechos aislados o locales. El avance extraordinario de los estudios arqueológicos en las áreas denominadas «Nucleares», Centro América y Perú, ofrecen argumentos para la interpretación histórica de hechos ocurridos en las áreas periféricas a las mismas.

Hoy sabemos con bastante certeza que el comienzo del uso de la alfarería en el Perú puede ubicarse a fines del segundo milenio A. C. ⁹⁸ y es de gran interés observar que algunos tipos de las alfarerías más antiguas presentan similitudes muy grandes con tipos que en nuestra área corresponderían también a las series más antiguas. Es muy interesante también apuntar el hecho de que en estos grupos cerámicos se hallan representadas también similitudes con los tipos más antiguos de América Central —tales como por ejemplo— la cerámica de registros punteados ⁹⁹, y otros elementos aún más característicos.

Entre éstos tendríamos en primer término, los vasos estribos cuya distribución a partir de las culturas preclásicas de Méjico habría alcanzado una amplísima área, llegando por un lado al S. E. de los EE. UU. y por otro el Perú. En nuestro N. O. no existen vasos estribos típicos como los de la costa norte de Perú. Pero dos ejemplares excepcionales han aparecido en la prov. de Catamarca. Uno se halla en el Museo de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán y está registrado bajo el N.º. 2175. Esta pieza, por algunos motivos escalonados hechos con pintura negra podría asimilarse, quizás, a la cultura Condorhuasi. El segundo ejemplar se halla en el Museo de La Rioja. Ambos repro-

⁹⁸ BIRD, en JOHNSON, 1951, p. 67.

⁹⁹ NOE PORTER, 1953, p. 36.

¹⁰⁰ *ibid.*, p. 40; PHILLIP et al. 1951, p. 172.

ducen formas muy primitivas y toscas de vasos estribos.¹⁰⁰ En Méjico la antigüedad de esos vasos es superior al primer milenio A. C. —quizás mediados del segundo¹⁰¹. En Perú estos vasos aparecerían en Chavin en fechas mucho más tardías, y por consecuencia lógica, en su área más periférica su llegada sería bastante posterior. No deja de ser sugestivo de que aparezcan en la cultura Condorhuasi una gran cantidad de formas cerámicas de «botellones» y de efigies animalistas, al igual que lo que ocurre en las culturas peruanas más antiguas y en el horizonte preclásico de Méjico¹⁰². A esas similitudes en el arte alfarero habría que apuntar muchas diferencias, entre ellas la falta, hasta ahora, en todas las culturas del N. O. argentino, de cerámica de técnica negativa. Sin embargo, asociadas a elementos Condorhuasi hemos visto algunas piezas que en un principio tomamos por decoradas con esa técnica, y evidentemente existen especímenes en los que se usó una especie de pintura o pigmento de tipo especial («resistente») como aparece en esa clase de alfarería. Otros elementos que sugieren afinidades con América Nuclear, siempre dentro de los contextos ofrecidos por las dos culturas ya mencionadas, serían: la presencia de figuras antropomorfas, el uso de pequeñas mascarillas de terracota, la deformación craneana de tipos específicos y la abundancia de motivos felínicos en las representaciones de la plástica Condorhuasi. De gran interés y supeditados a los futuros estudios es el uso de grandes montículos (Alpataucas) por la cultura Barreal, según observaciones realizadas en el transcurso de nuestros trabajos de 1952 en Catamarca.

La tarea de valorar todas las influencias y conexiones, mediatas e inmediatas y reconstruir, juntamente con la totalidad de su patrimonio, las secuencias del desarrollo de la cultura que la precedió y subsiguó en el tiempo es tarea que deberá completarse en los futuros trabajos de investigación del terreno más que con la mera especulación habitual de gabinete. Aquí no hemos hecho sino esbozar los problemas que esos primeros trabajos plantean y la orientación que deseamos dar a nuestra labor: el comentario imparcial y constructivo, que ayude a abreviar el camino de la obra común es la única recompensa a que aspiramos.

¹⁰¹ JOHNSON, 1951, p. 36.

¹⁰² NOE PORTER, 1953, pp. 35, 38, etc.

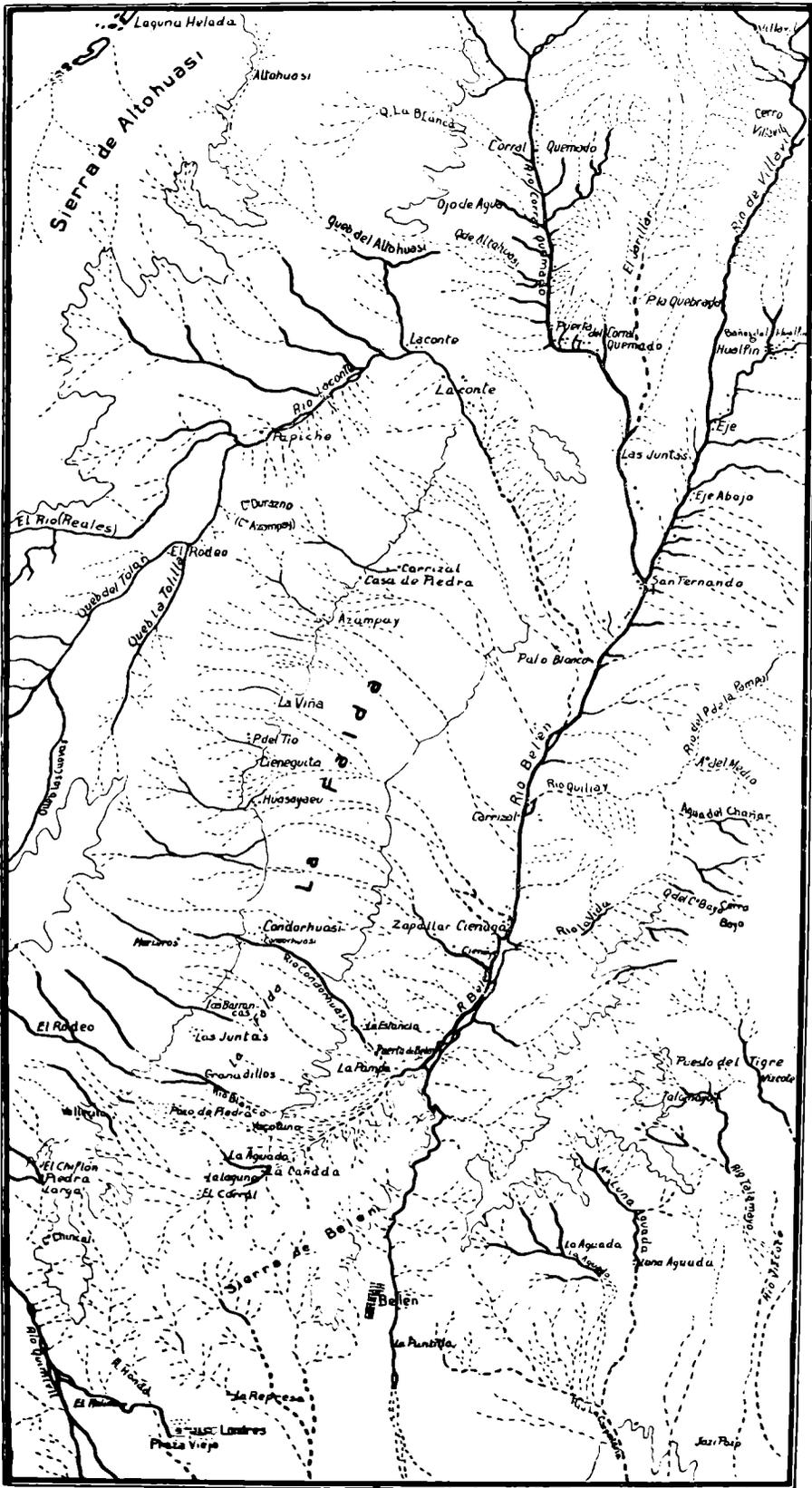
BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, JUAN B.: *Notas de Arqueología Calchaquí*, en «Boletín del Instituto Geográfico Argentino», vol. XVII y siguientes; Buenos Aires, 1899.
- : *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*, en «Publicaciones de la Sección Antropológica», N.º 1; Buenos Aires, 1906.
- BECKER-DONNER, ETTA: *Die Nordwestargentinischen Sammlungen des Wiener Museums für Völkerkunde*, en «Archiv für Völkerkunde», vol. V, pp. 1-103 y vols. VI-VII, pp. 229-362; Wien, 1950.
- BENNETT, WENDELL C.: *Andean Culture History*. «American Museum of Natural History Handbook Series», N.º 15; New York, 1949.
- BENNETT, WENDELL C.; BLEILER, EVERET F. y SOMMER, FRANK H.: *Northwest Argentine Archeology*, en «Yale University Publications in Anthropology», N.º 38; New Haven, 1948.
- BENNETT, WENDELL, C.: *Ancient Arts of the Andes*. «The Museum of Modern Art, New York, 1954.
- BOMAN, ERIC: *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, 2 vols. París, 1908.
- : *Vorspanische Wohnstätten, Steinwerkstätten und Petroglyphen in der Sierra de Famatina*, en «Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins zur Kultur und Landeskunde Argentiniens», pp. 26-30; Buenos Aires, 1920.
- : *Los ensayos de establecer una cronología pre-hispánica en la región Diaguita*, en «Boletín de la Academia Nacional de la Historia», vol. VI, pp. 1-31; Quito, 1923.
- : *Estudios arqueológicos riojanos*, en «Anales del Museo Nacional de Buenos Aires», vol. XXXV, pp. 1-308; 1927-32.
- BOMAN, ERIC y GRESLEBIN, HÉCTOR: *Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita (República Argentina)*. Buenos Aires, 1923.
- BREGANTE, ODILIA: *Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino*; Buenos Aires, 1926.
- CASTELLANOS, ALFREDO: *Antigüedad geológica del yacimiento de los restos humanos de la «Gruta de Candonga» (Córdoba)*, en «Publicaciones del Instituto de Fisiografía y Geología», N.º XIV; Rosario, 1943.
- CANALS FRAU, SALVADOR: *Poblaciones indígenas de la Argentina*, Editorial Sudamericana; Buenos Aires, 1953.
- CORNELY, F. L.: *Nuevos descubrimientos arqueológicos en la provincia de Coquimbo*, en «Boletín del Museo Nacional de Historia Natural», vol. XVIII, pp. 9-14; Santiago de Chile, 1940.
- : *Museo Arqueológico Municipal de La Serena (Chile)*. La Serena, 1944.
- : *Cultura de El Molle*, en «Revista chilena de Historia Natural», año XLVIII, pp. 28-48; Santiago de Chile, 1945.

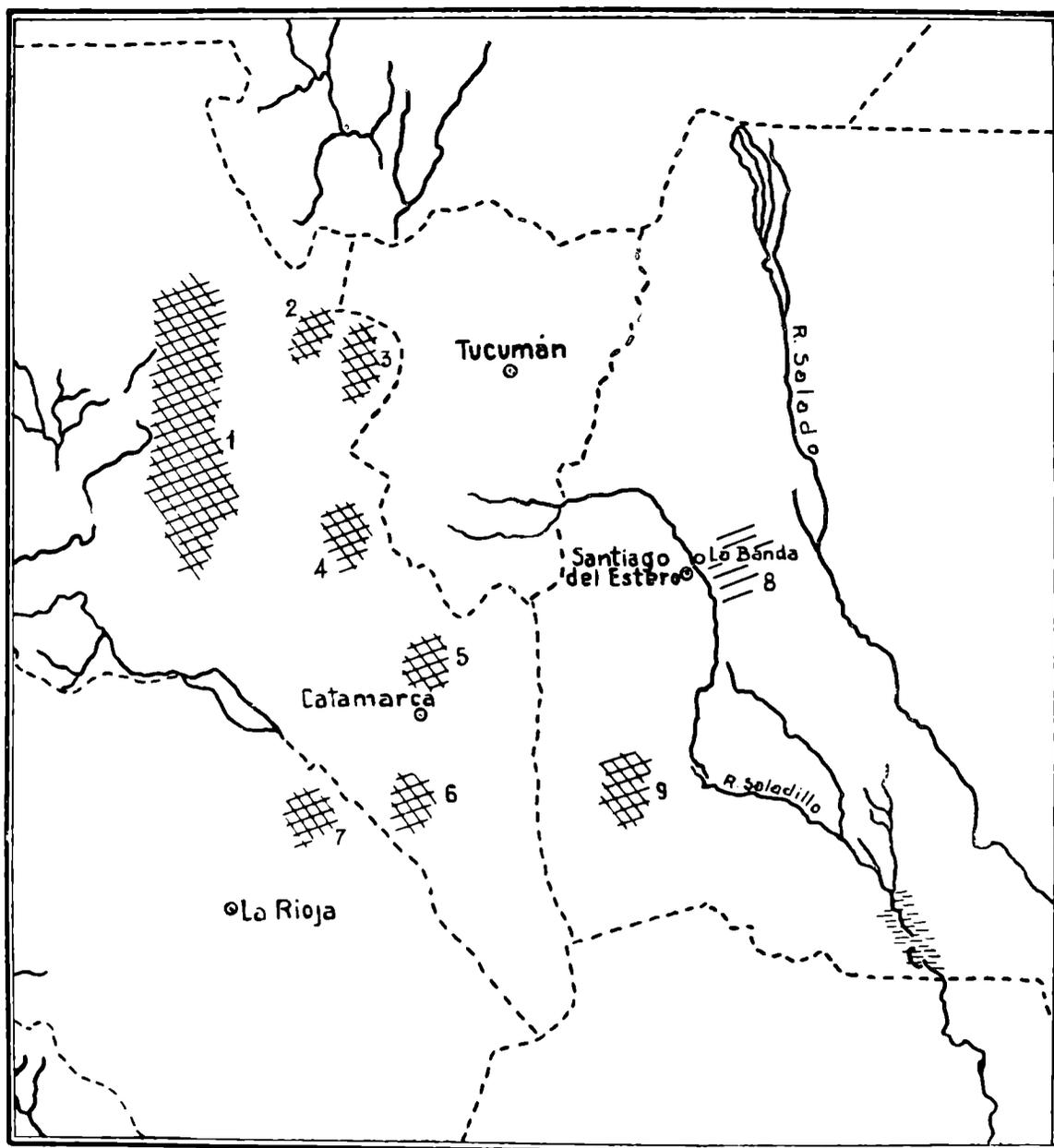
- : *Cultura Diaguita-Chilena*, en «Revista chilena de Historia Natural, años LI-LIII, 1947-1949, pp. 119-262; Valparaíso, 1951.
- CASANOVA, EDUARDO: *Hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de Huiliche, Dto. de Belén, Prov. de Catamarca*, en «Archivos del Museo Etnográfico de la Universidad Nacional de Buenos Aires», N.º 3; Buenos Aires, 1930.
- COLTON, HAROLD SELLERS y HARGRAVE, LYNDON LANE: *Handbook of Northern Arizona Pottery Wares*, en «Museum of Northern Arizona», Bull. N.º 11; Flagstaff, Arizona, 1937.
- DEBENEDETTI, SALVADOR: *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la Isla de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Prov. de Jujuy)*, en «Publicaciones de la Sección Antropológica», N.º 6; Buenos Aires, 1910.
- : *Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino. (Nota preliminar)*, en «Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras», N.º 11; Buenos Aires, 1912.
- : *Los yacimientos arqueológicos occidentales del valle de Famatina, Prov. de La Rioja*, en «Physis, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales», vol. III, pp. 386-405; 1917.
- : *Las ruinas pre-hispánicas de El Alfarcito, Dto. de Tilcara, Prov. de Jujuy*, en «Publicaciones de la Sección de Antropología», N.º 18; Buenos Aires, 1918.
- : *Relaciones culturales pre-hispánicas en el noroeste argentino*, en «Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales», vol. IX, pp. 113-119; Buenos Aires, 1928.
- : *L'ancienne civilisation des Barreales*, en «Ars Americana», vol. II; París, 1931.
- DREIDEMIE, OSCAR: *Un notable enterratorio*, en «Mundo Atómico», año II, N.º 6, pp. 40-44; Buenos Aires,
- FORD, JAMES A. y WILLEY, GORDON R.: *Surface survey of the Viru valley, Peru*, en «Anthropological Papers of the American Museum of Natural History», vol. XLIII; New York, 1949.
- GONZÁLEZ, ALBERTO REX: *Restos arqueológicos del abrigo de Ongamira*, en «Congreso de Historia del Norte y Centro», vol. I, p. 159; 1943.
- : *Nota sobre la arqueología de Pampa de Olaen (Córdoba)*, en «Notas del Museo de La Plata», vol. XIV, pp. 463-563; La Plata, 1949.
- : *Métodos Cronológicos en Arqueología*, en «Ciencia e Investigación», vol. VII, pp. 3-19. Buenos Aires, 1951.
- : *Resucita el avión los secretos de civilizaciones milenarias*, en «Revista Nacional de Aeronáutica», N.º 128 y 129; Buenos Aires, 1952.
- : *Concerning the existence of the pit-house in South America*, en «American Antiquity», vol. XVIII, p. 271; Salt Lake City, 1953 a.
- : *Antiguo horizonte precerámico en las sierras centrales de la Argentina*, en «Runa», V, pp. 110-133; Buenos Aires, 1953 b.
- : *Contextos culturales y cronología relativa en el área Central del N. O. argentino (Nota Preliminar)* en «Anales de Arqueología y Etnología», XI, Mendoza, 1955 (1950).

- HERNÁNDEZ DE ALBA, GREGORIO: *La Cerámica, su estudio y clasificación*, en «Universidad del Cauca», Contribuciones del Instituto Etnológico N.º 2. Popayán, 1949.
- HUECK, KURT: *Dos problemas fitogeográficos de la cuenca de Andalgalá, Prov. de Cuzco*, en «Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica», vol. III, N.º 4, pp. 224-234; La Plata, 1951.
- IBARRA GRASSO, DICK EDGAR: *Nueva interpretación sobre la arqueología del N. O. argentino*, en «Ciencia Nueva», año I, N.º 1; Tucumán, 1949.
—: *Tres vasos del Museo Calchaquí*, en «Ciencia Nueva», vol. I, N.º 3, pp. 47-52; Tucumán, 1951.
- IMBELLONI, JOSÉ: *Lo andino y lo amazónico en el N. O. argentino*, en Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, vol. XIII; México, 1951.
- IRIBARREN CHARLIN, JORGE: *Nuevos hallazgos arqueológicos de la cultura de El Molle*, en «Revista Universitaria de la Universidad Católica de Chile», vol. XXXVII, N.º 1; 1953.
- JOHNSON, FREDERICK: *Radiocarbon dating. Assembled by...* «American Antiquity», vol. XVII, N.º 1, part. 2. Salt Lake City, 1951.
- KROEBER, A. L.: *The Uhle pottery collections from Chancay*, en «University of California Publications in American Archaeology and Ethnology», vol. XXI, pp. 265-304; Berkeley, 1926.
—: *Peruvian Archaeology in 1942*, en «Viking Fund Publications», N.º 4; New York, 1944.
- MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO: *Los Diaguitas*, en «Revista del Museo de La Plata». n. s., vol. III, pp. 5-300; 1946.
- MONTES, ANÍBAL: *Yacimiento arqueológico de Ongamira*, en «Congreso de Historia del Norte y Centro», vol. I, p. 229; Córdoba, 1943.
- MOSTNY, GRETA: *Un nuevo estilo arqueológico*, en «Boletín del Museo Nacional de Historia Natural», vol. XX; 1942.
—: *Un nuevo estilo arqueológico, II*, en «Boletín del Museo Nacional de Historia Natural», vol. XXII, pp. 191-196; 1944.
- NOE PORTER, MURIEL: *Tlatilco and the pre-classic cultures of the New World*, en «Viking Fund Publications in Anthropology», N.º 19; New York, 1953.
- NORDENSKIÖLD, ERLAND VON: *Präkolumbische Wohn- und Begräbnisplätze an der Süd-West grenze von Chaco*, en «Kongl. svenska vetenskaps-Akademiens Handl», Bandet 36, N.º 7; Stockholm, 1903.
- LAFONE QUEVEDO, SAMUEL: *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá*, en «Revista del Museo de La Plata», vol. XII, pp. 75-110; 1906.
—: *Tipos de alfarería en región Diaguita-Calchaquí*, en «Revista del Museo de La Plata», vol. XV, pp. 295-395; 1908.
- LATCHAM, RICARDO E.: *La alfarería indígena chilena*; Santiago de Chile, 1928.
—: *Observaciones acerca de la cultura de «El Molle»*, en «Boletín del Museo Naval de Historia Natural», vol. XVIII; Santiago de Chile, 1940.

- OYARZUN, AURELIANO: *Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*, en «Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas», pp. 354-398; Buenos Aires.
- PHILIP, PHILLIPS; FORD, JAMES A. y GRIFFIN, JAMES B.: *Archaeological survey in the Lower Mississippi Alluvial valley, 1940-47*, en «Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology», Harvard University, vol. XXV; Cambridge, Mass, 1951.
- REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO y ALICIA: *Investigaciones arqueológicas en el Dto. del Magdalena, Colombia, 1946-1950*, en «Boletín de Arqueología», vol. III; Bogotá, 1951.
- RUSCONI, CARLOS: *Alfarería Diaguita de Catamarca*, en «Anales de la Sociedad Científica Argentina», vol. CXXXIV, N.º 6, pp. 335-366; Buenos Aires, 1942.
- RYDEN, STIG: *Archaeological Researches in the Department of La Candelaria*, en «Ethnologiska Studier», N.º 3, pp. 5-329; Stockholm, 1936.
- SERRANO, ANTONIO: *Cronología Diaguita*, en «Revista chilena de Historia Natural», año XL, pp. 86-91; Santiago de Chile, 1936.
- : *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización Chacosantiagueña*. Paraná, 1938.
- : *La cerámica tipo condorhuasi del área diaguita*, en «La Prensa», edición dominical, 4 de julio; Buenos Aires, 1943.
- : *Los aborígenes argentinos, síntesis etnográfica*. Editorial Nova; Buenos Aires, 1947.
- : *Normas para la descripción de la cerámica arqueológica*, en «Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore», vol. XXIV; Córdoba, 1952 a.
- : *Los pobladores históricos de la región diaguita*, en «Indian Tribes of Aboriginal America», en «Proceedings of the 29 th. International Congress of Americanists», vol. III, pp. 323-338; Chicago, 1952 b.
- SCHREITER, RODOLFO, *Nota preliminar sobre una exploración arqueológica en la Loma de La Florida, Corral Quemado, Dto. Belén (Catamarca)*, en «Boletín del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de Tucumán», vol. II, N.º 7, pp. 9-16; Tucumán, 1936.
- STRONG, WILLIAM DUNCAN: *The Uhle pottery collections from Ancon*, en «University of California Publications in American Archaeology and Ethnology», vol. XXI, pp. 135-190; Berkeley, 1925.
- TELLO, JULIO C.: *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, en «Actas del XXVII Congreso Internacional de Americanistas», vol. II, pp. 1-132; Lima, 1942.
- UHLE, MAX: *Las relaciones prehispánicas entre el Perú y la Argentina*, en «Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas», pp. 521 y sig.; Buenos Aires, 1912.
- : *Cronología y origen de las antiguas civilizaciones Argentinas*, en «Boletín de la Academia Nacional de Historia», vol. VII, pp. 123-130; Quito, 1923.

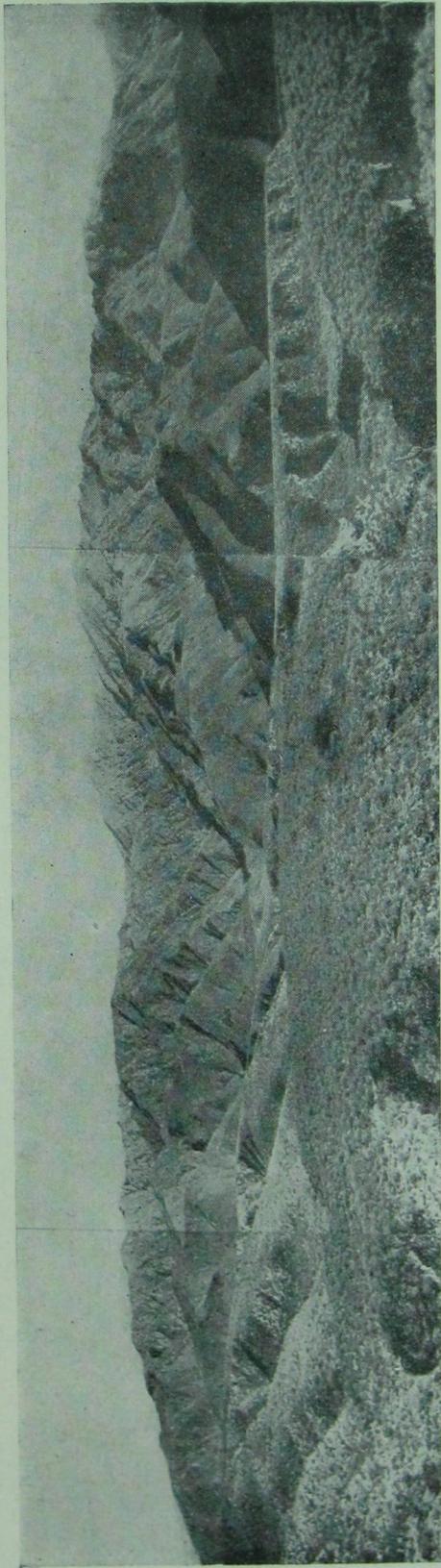


El Valle de Huallín



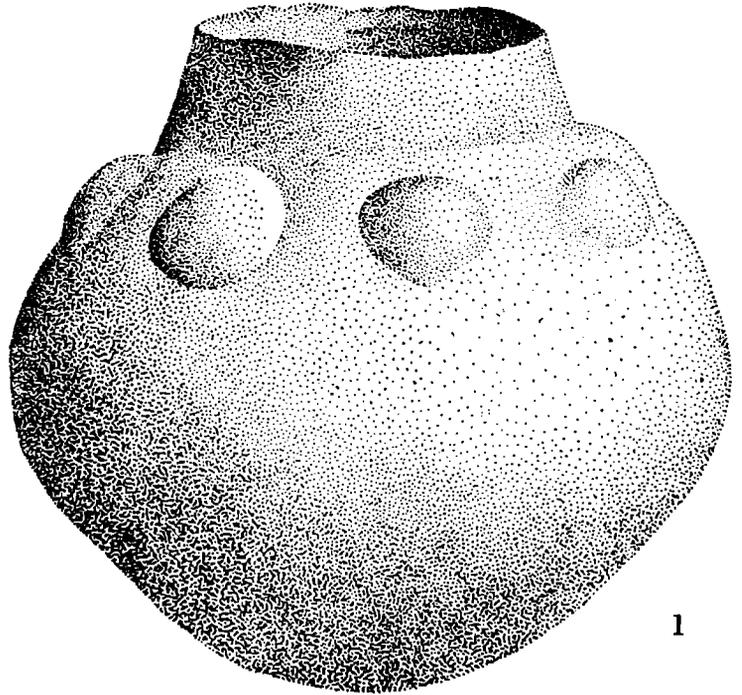
Situación de los lugares en que se han hecho hallazgos pertenecientes a la cultura Condorhuasi: 1. — Area del Huaffn y Laguna Blanca. 2. — Valle del Cajón. 3. — Valle de Yocavil. 4. — Andalgalá. 5. — Zona del Ambato. 6. — Zona de Capayán. 7. — Zona de San Blas. 8. — La Banda. 9. — Choya.

LÁMINA IV



Vista panorámica de los sitios de interés arqueológico situados a 3 ó 4 Kms. al N. de la localidad de Condorhuasi. Se aprecia la cadena de los cerros de "La Falda", y las grandes lomas (Altos) suavemente onduladas sobre las que se encuentran los yacimientos arqueológicos y abundantes vestigios de casas-pozo.

1. — Procede de Condorhuasi, N.º 167, colección E. Cura, Belén. Dibujo de M. A. Moreno Kierman. 2/3 t. n. 2 y 2'. — Procede de Condorhuasi, N.º 102 colección E. Cura. Dibujo de Estela Lascano, tomado de fotografía Kodachrome. 2/3 t. n.



1



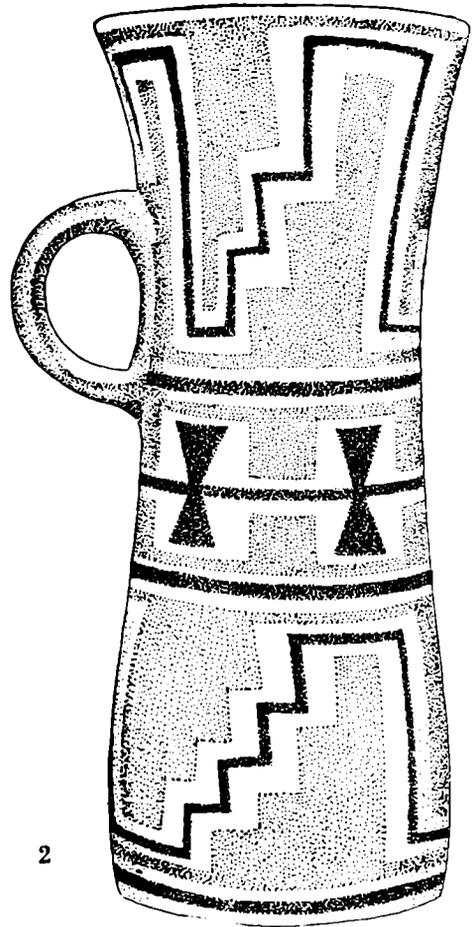
2



2'



1

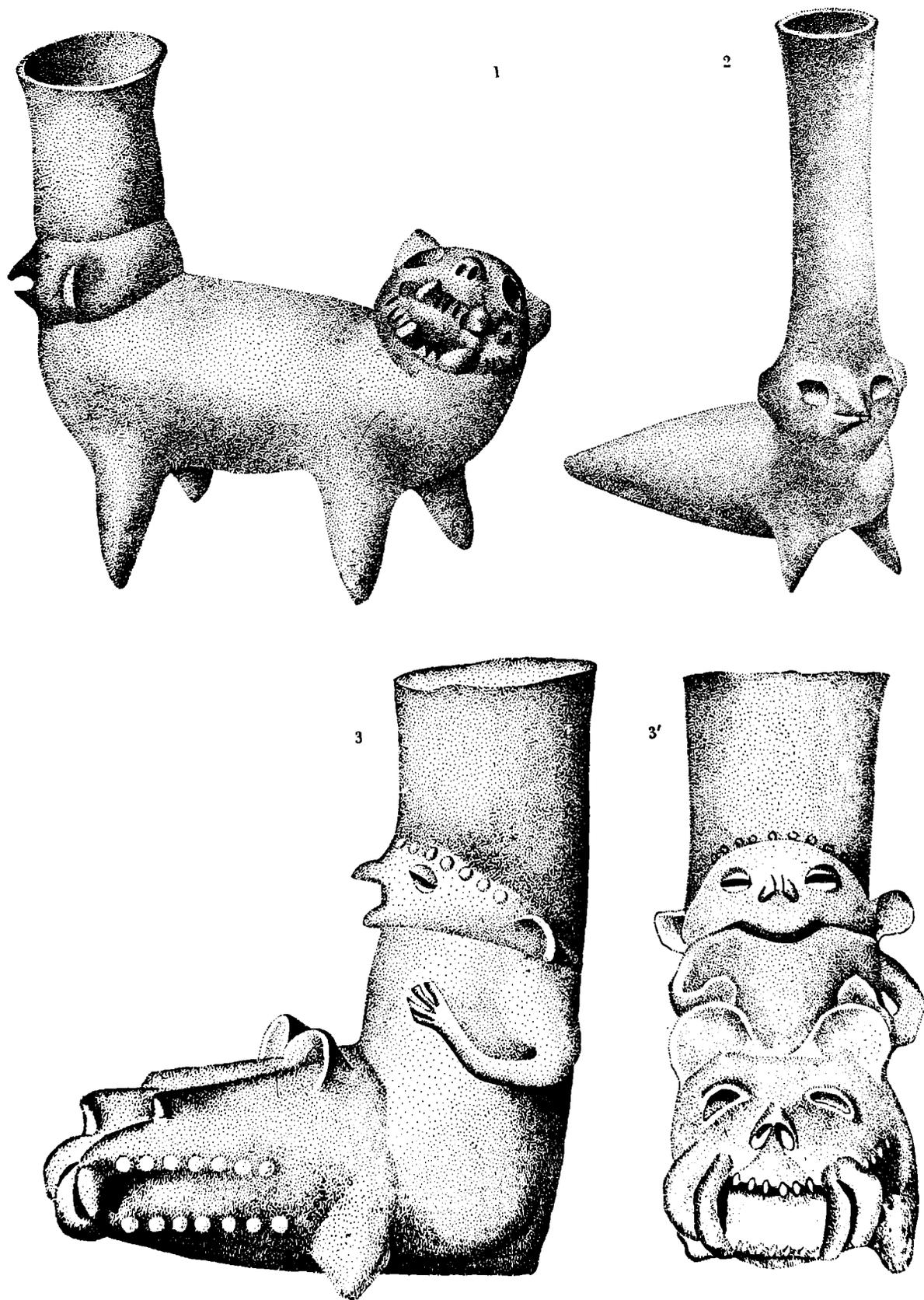


2

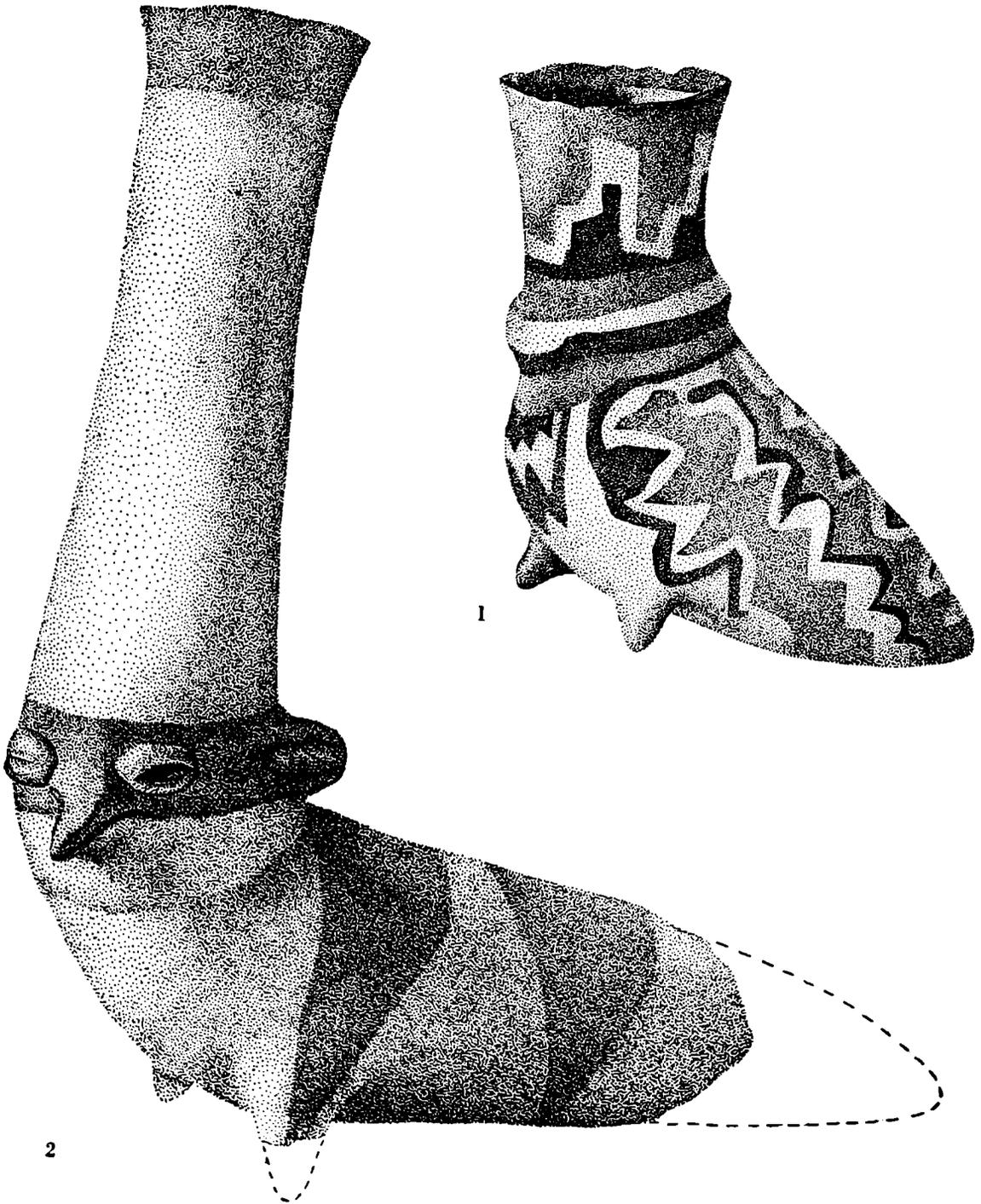


3

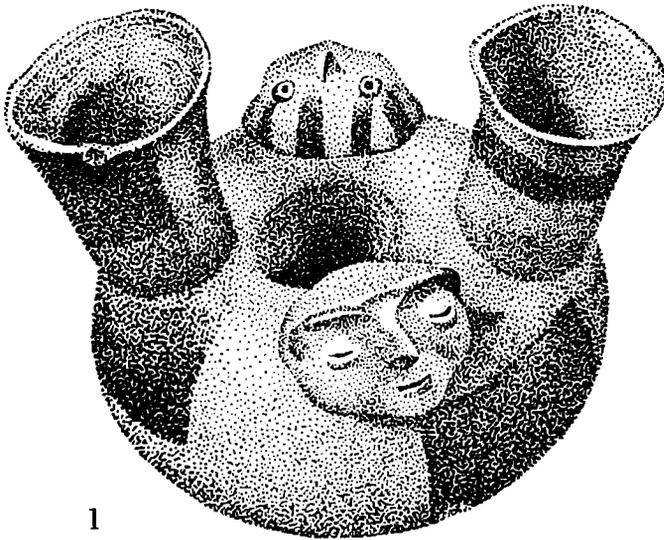
1. — Procede de Condorhuasi, N.º 19. colección E. Cura. Dibujo de Estela Lascano, tomado de fotografía Kodachrome. Original 26 Cm. de alto.
 2. — Procede de Andalgala, N.º 2326. colección Museo Calchaquí, Dibujo de Estela Lascano, tomado de fotografía Kodachrome. Alto, 18 Cm.
 3. — Procede de Andalgala, N.º 2515, colección Museo Calchaquí. Dibujo de Estela Lascano, tomado de fotografía en blanco y negro.



1. — Procede del valle del Huallín, Colec. Hirsch, Buenos Aires, Original, 21 Cm. de alto. 2. — Colección Hirsch, Dibujo de M. A. Moreno Klerman, Original, 32 Cm. de alto. 3 y 3'. — Procede de Condorhuasi, N.º 103 de la colección E. Cura, Dibujo de Estela Lascano, tomado de fotografía Kodachrome, 2/3 i. n.



1. — Procede de La Toma. Catamarca; colección W. Ruysch. Dibujo de M. A. Moreno Kierman. 2. — Procede de los alrededores de Andalgala, N.º 240 (16), colección Lafone Quevedo. Dibujo de M. A. Moreno Kierman.



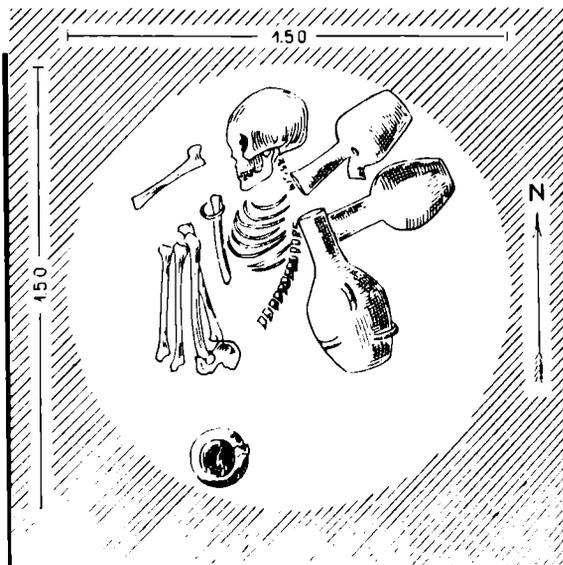
1

1. — Puerta de San José, N.º 464 de la colección del Museo de Arqueología de la Universidad de Córdoba. Alto, 14 Cm. 2. — Belén, N.º 307, colección Museo Calchaquí. Alto, 25 Cm.

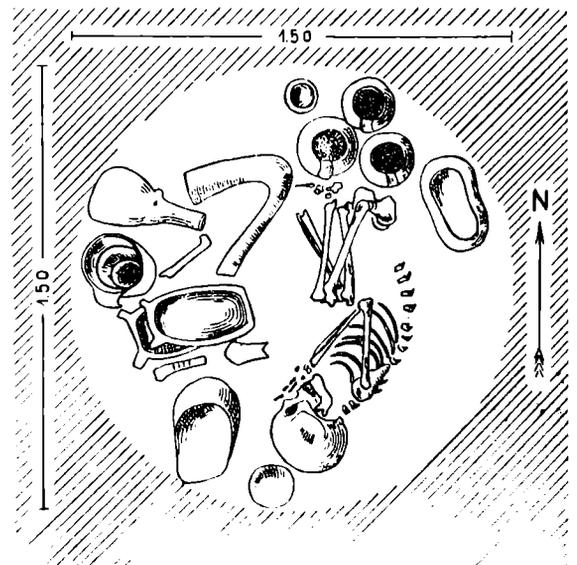


2

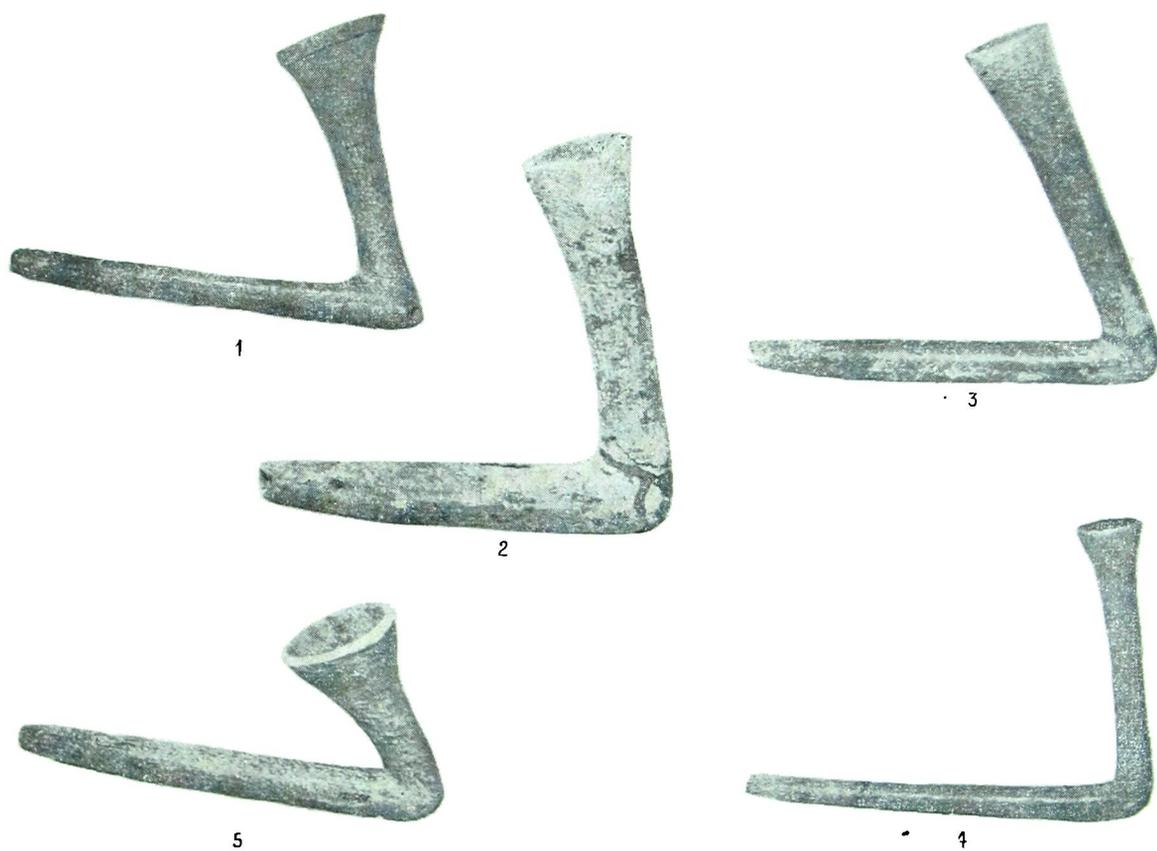
3 y 4. — Planta de dos sepulcros pertenecientes a la cultura Condorhuasi.



3



4



Pipas pertenecientes a la cultura Condorhuasi:

1. — N.º 12.607, longitud, 30 Cm. 2. — N.º 12.544, longitud, 22 Cm. 3. — N.º 12.595, longitud, 32 Cm. 4. — N.º 12.616, longitud, 46 Cm. 5. — N.º 12.581, longitud, 24 Cm.

Todas fueron encontradas en tumbas de los cementerios del vallecito de La Aguada, Dto. de Belén, Catamarca. Están trabajadas en saponita.

- WAUCHOPE, ROBERT: *A tentative sequence of pre-classic ceramics in middle America*, en «Middle America Research Records, vol. I, N.º 14; New Orleans, 1950.
- WEISER, VLADIMIRO: *Diario de la VII expedición arqueológica de Benjamín Muñiz Barreto. Noviembre 1924 a Mayo de 1925*. M. S. depositado en el Museo de Ciencias Naturales; La Plata, 1925-1926 a.
- : *Diario de la VIII expedición. Noviembre 1925 a Marzo de 1926*. M. S. 1925-1926 b.
- WOLTERS, FRANCISCO: *Correspondencia de la IX expedición arqueológica de Benjamín Muñiz Barreto. Febrero a Junio 1927*. M. S. depositado en el Museo de La Plata, 1927.
- : *Idem de la X expedición. Diciembre 1927-Abril 1928*. M. S.; 1928.
- : *Idem de la XI y última expedición de Benjamín Muñiz Barreto. Enero-Junio de 1929*. M. S.; 1929.
- WILLEY, GORDON R.: *Horizon Styles and pottery tradition in Peruvian Archaeology*, en «American Antiquity», vol. XI, N.º 1; Menasha, 1945.